



Francisco Gómez Porro
María Antonia Ricas
Virginia Lobos
Miguel Ángel Curiel
María Muñoz
Joaquín Copeiro
Paco Morata
Damián Fente
Antonio J. L. Contreras Lerín
Juan Carpa
Zaida Sánchez González
Jesús Pino
Juan Carlos Pantoja
Lola López Díaz
Ángel del Valle Nieto
Ginés Serrallo

PREMIOS LITERARIOS:
«LIBRERÍA HOJABLANCA»

Ilustraciones:
Jesús García
Jesús Rubio

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

HERMES 23



**OTONO-INVIERNO. 2003
REVISTA ESTACIONAL. TOLEDO**

FRANCISCO GÓMEZ- PORRO*Junto a la estufa*

¿Qué quieren de mí los sarmientos,
las virutas desnudas,
las ramitas tronchadas de romero
que perfuman mi cuarto
con un luminoso temblor de estrellas?

Y las cepas viejas, desahuciadas,
cuyas barbas alumbran más que una vela,
los gruesos leños de olivo
poco a poco carbonizados,
pero siempre vivos en su familiar ceniza,
¿qué quieren de mí?

Cuando arden las ramas espinosas
del torvisco, y el fuego cruje
con un intenso y breve resplandor,
¿quién me grita?
¿Qué otra voz, más pura,
despierta dentro de mí?

Y los palotes húmedos,
¿qué fuego verde los consume
que nunca acaban de quemarse?

Esta estufa cambiante
-como el tiempo-:
que ruge cuando el tiro
abre del todo su ojo ardiente
y dormita de madrugada
como un corazón fatigado,
¿para quién late?
¿Para quién reserva todo ese frío
que no puede abarcar la leña?

El aire a través del cañón
me recuerda que estoy poblado
de vidas que esperan.
Que necesito del color de la tarde
en el humo de la paja quemada,
de la alegría del niño
en el chaparro que se incendia,
del hombre que volvió al pueblo
con depresión y lo encontraron días después
envenenado junto a un olivo,
de la viuda que pasa con dos hijas pequeñas
camino de la escombrera
y es una encina, y su sombra.

Todos arden en un ramón,
en una horquilla, en un ceporro,
y su lengua lame mis versos
para que sientan su origen.

Esta estufa hacia la que tiendo mis manos
para sentirme ebrio,
esta estufa que mi cuerpo
calienta con todo su poder,

¿qué huella, qué rescoldo
de todo y de todos
busca dentro de mí?

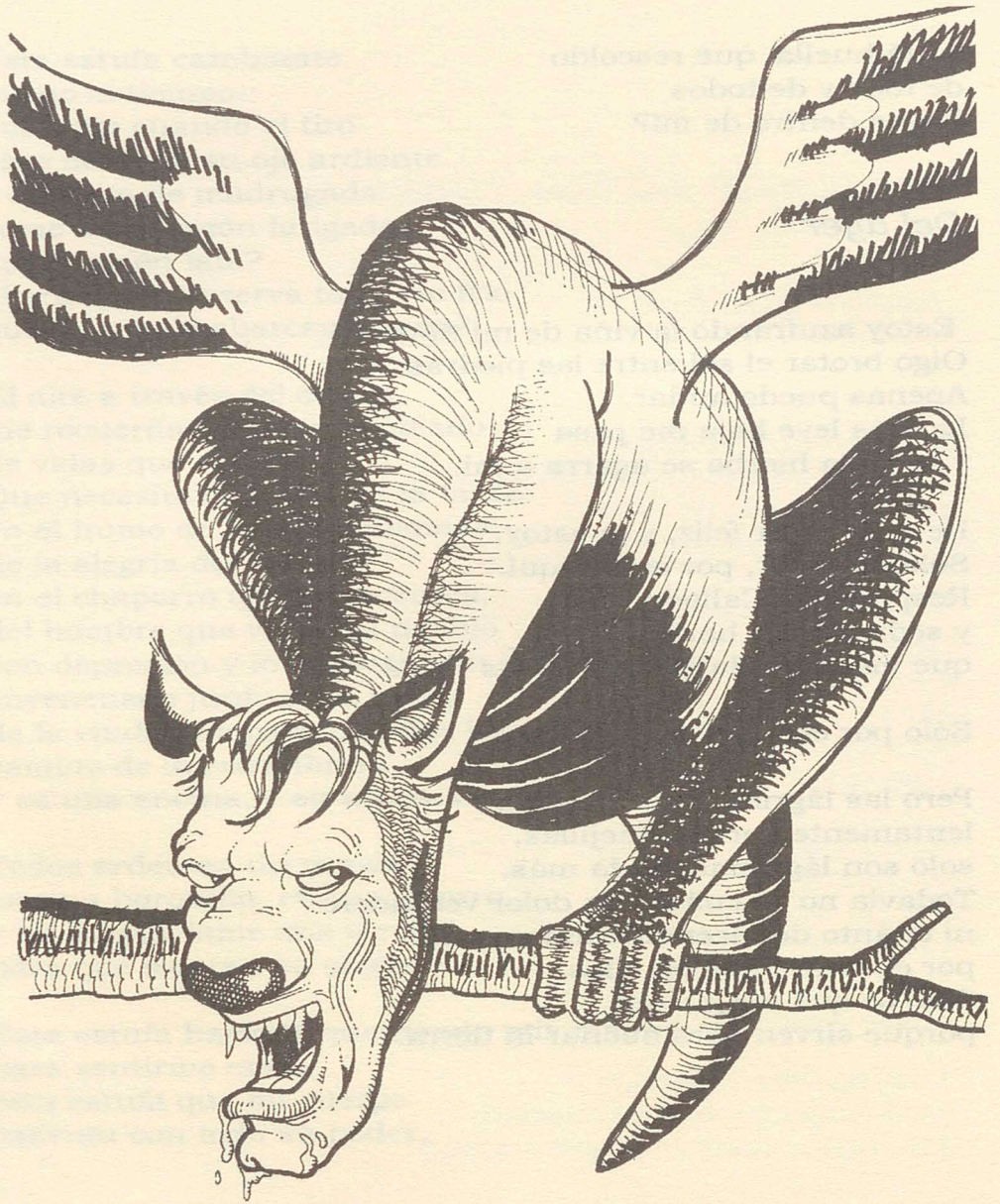
Del ayer

Estoy azufrando la viña de mi tío Julio.
Oigo brotar el sol entre las piedras.
Apenas puedo andar.
La más leve hoja me pesa
y la mala hierba se agarra a mí.

Debería estar feliz, y lo estoy.
Sólo por vivir, por estar aquí.
Respirando. Callado
y sediento del horizonte
que me aguarda al final de las viñas.

Sólo por eso, por vivir.

Pero las lágrimas que resbalan
lentamente por mis mejillas,
solo son lágrimas, nada más.
Todavía no sé cuánto de dolor verdadero
ni cuánto de incendio alimentado
por el azufre hay en ellas.
Sólo sé que me gustan
porque sirven para abonar la tierra.



MARÍA ANTONIA RICAS

De *El jardín de Artemisa. II*

Si dejo de escuchar con la mirada

y silencioso el párpado del miedo,
tumbada, nunca muerta,
un oficio de mar
acompaña sus olas en las ramas
y, tierra adentro, barcos,
griterío de un puerto,
oblicuos mascarones impacientes.

Me deslizo a las islas
donde no se contagia
la hez de la melancolía, donde
no se sabe llorar,
dolerse,
manutención temblando.

Hay un estar viviendo
lo presente,
hay un exceso
de los giros más bellos que las damas
suelen
trazar con sus sombrillas.

Tierra adentro, muy dentro,
el viento de los árboles, mañanas
de la espuma,
veletas en las velas reidoras
y una música cerca.

Roza la timidez de los galápagos

puntas de huesos
pulidos en el curso
y la nutria construye un laberinto,
y el barbo, y la culebra...

El río,
con el nombre de espada de dos filos,
busca el templo del tiempo en las ciudades,
corre hacia las leyendas
de la infidelidad,
de ser un cuerpo acariciante, fértil.

Viene de las montañas
con sortijas de dioses cuyo pelo
sólo rescatan los tritones para
adornar su casa,
viene
riéndose
porque me debe aún el viejo ciervo
un trago de su boca.

Oro de los guijarros,
limo que no ha paladeado azúcar
de ocasiones perdidas,

de jardines donde fue doloroso
despedirse.

Todavía no es tiempo,
todavía mujer
anfibia, espada
que recorre las puestas de las moscas.

Me quedaré en su orilla
todo lo que respire,
lo que pueda
repetir en libélulas.

Un movimiento
su brazo transparente,
algo que nunca cesa,
no se deja medir.

Quizá los frutos

del abedul... planean:
la liviana cortina al mediodía,
las voces inaudibles
del pequeño apetito, ¿qué repiten
cayendo lentamente hasta el tapiz?

Amentos
como sexos viriles o badajos
o deseos con forma de pulgares
para tocar mis hombros
y burlarse
de la madurez.

Aquí no cumples años,
no me regalan
animales dormidos de belleza.

Aquí la lluvia, en mí la lluvia
de los frutos que son
insistencias,
viejos dioses cubriendo mi cintura.

Aquí no cumples años.
Ya no dividiré los talismanes
de tierra del adiós.
Ya no seré educada
ni intencionado anillo
femenino.

De ***Cuerpos del delito***

Descubrimiento científico

El pequeño gusano
que se asemeja a la grafía de mis células
hubiera querido parecerse al legado
del leopardo,
aquel silencio que adensa los cazaderos
salvajes cuando despierta de su aromada
siesta
y mueve, inaudible, una zarpa y se dispone
a esperar la mansedumbre de los rumiantes.

El pequeño gusano
que se sonríe como yo y se queda quieto
si encuentra un amante que daba por perdido,
y con la elegancia frugal de la derrota
le desinteresa el odio de su pareja
y lo saluda
desde el idioma que inventaron en sus ojos,
respira el amanecer de niebla que borra
punzadas de dolor semejante al deseo
y adulto apenas,
repta, come, defeca
y se consume en su vibrátil soledad,
calentando sus huesos, su ralo tesoro,
igual que una mujer no amenazada sino
recibida en la edad donde todo es pasado,
donde el leopardo se alimenta de helechos
y donde el idioma de los ojos se agita
en vano, brilla
y desaparece.

Indulgencias

Humosas culebrillas sustraídas
al aire.

Tomarán tus pulmones el perdón
transparente
y el prodigio de un mal exorcizado
lucirá en ceniceros saludables.
Ascenderás la Cuesta de la Luz
sin la fatiga

e irradiará palabras tu garganta
brillando
en una habitación blanca, inodora.

Pero las criaturas que destellan
mienten.*

Hay una enfermedad
de pechos asfixiados por el humo
que expele la desdicha;
hay cuerpos de alquitrán donde hubo fiestas,
poblados condenados que respiran
cenizas de sus tierras y se beben
manantiales de hollín
hasta que la moneda de esta lacra
les regale
otro día de sed, de purgatorio.

Hay cuerpos con los bronquios quebradizos
que apenas tienen peso y, sin embargo,
engordan sus barrigas por el humo
de habanos de hambre dura.
Imperdonables cuerpos que agonizan
al lado de las zanjas donde humean
sus hijos aseados por la cal.

Desconocen
que subirán al tabacal del cielo
si en Roma se ha otorgado una indulgencia
para aquellos que dejen de fumar.

*Verso de Anne Sexton

VIRGINIA LOBOS

De *Musa dormida (II)*

Diríase
que todo lo consiente tu mirada.

Que tu mirada: cuencos por llenarse,
ventanales que ansían su trabajo,
albas que, disipándose,
dóciles se prodigan como un ser
bondadoso.

Parece tu mirada
irisación,
bandeja,
hoja cautivadora donde escribe
quien llega.

Pero que no se engañen...

Hay un planeta en sombra que contiene
su sol.
Hay una luz que lo florece todo,
que lo anega,
lo poliniza en sombra,
lo cultiva sombrío.

Un asalto de luz
para esas fortalezas arrogantes.

Tan sólo una mirada de tu párpado
sabría derruirlas para siempre.

Momento de gracia

Entra una brisa y tintinea
con casual elegancia
el diapasón del móvil.

La mecha de la vela
en la mesa, con suave fuste,
funde su torso y da volumen
-cierto sonido a hueco-
a ese recuerdo.

El gato se distrae
cazando la rebelde pizca
de una mosca.

Y un movimiento viene y va
del olvido como la brisa
que ahora se detiene.

Antiguo oficio

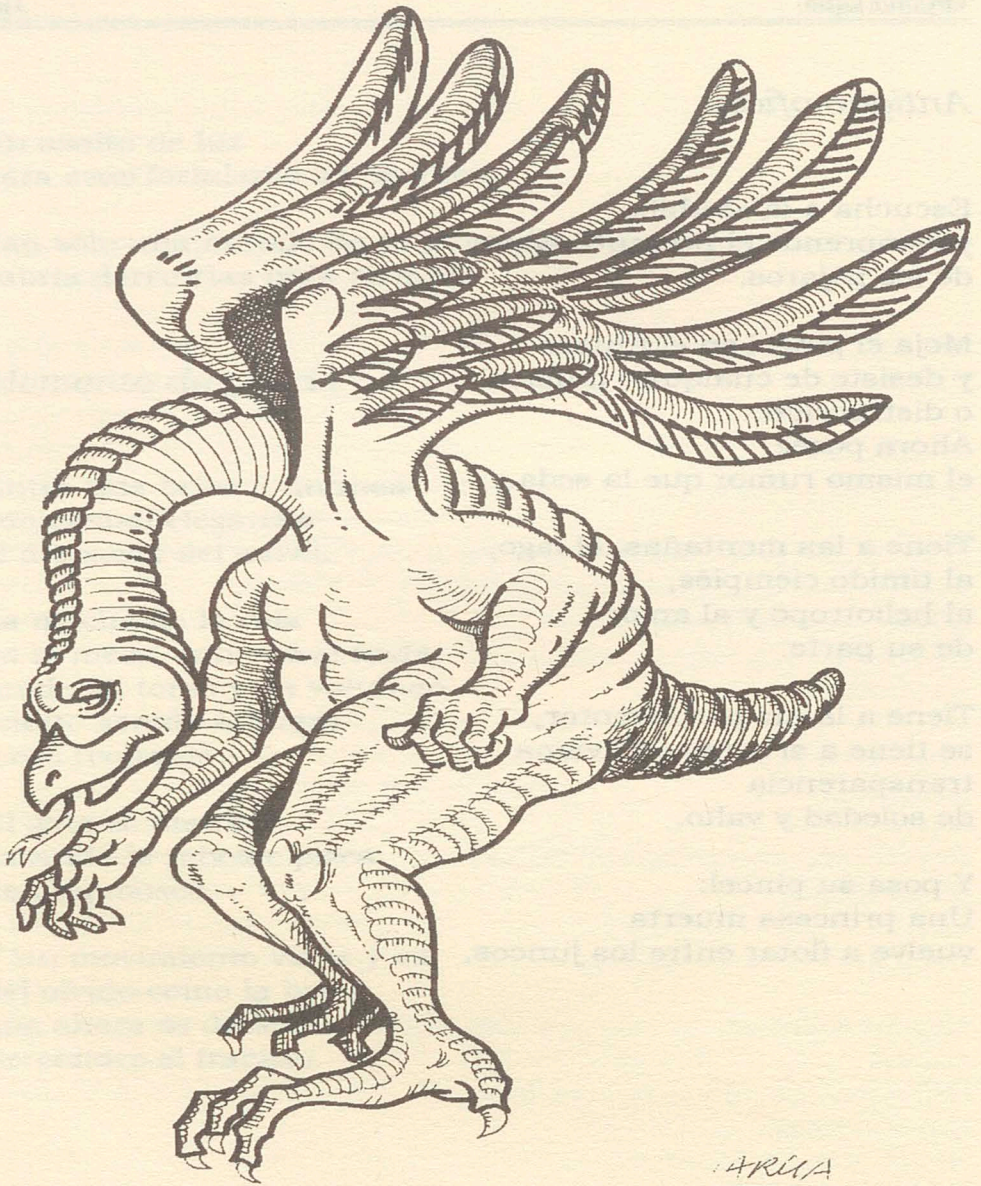
Escucha a la abubilla
y comprende el presentimiento
de los pájaros.

Moja el pincel en el tintero
y desiste de cualquier música
o distracción.
Ahora posee
el mismo rumor que la seda.

Tiene a las montañas, el lago,
al tímido ciempiés,
al heliotropo y al amor
de su parte.

Tiene a la luz por inventar,
se tiene a sí como en liviana
transparencia
de soledad y vaho.

Y posa su pincel:
Una princesa muerta
vuelve a flotar entre los juncos.



ARCA

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

Del libro *Papaver*

Abril

Esa cuerda floja en la nieve.
tensa la veremos una mañana de Abril.

Esos dos muertos sin sombra
tiran ahora de ella,
por encima de las montañas.

Luz muy clara

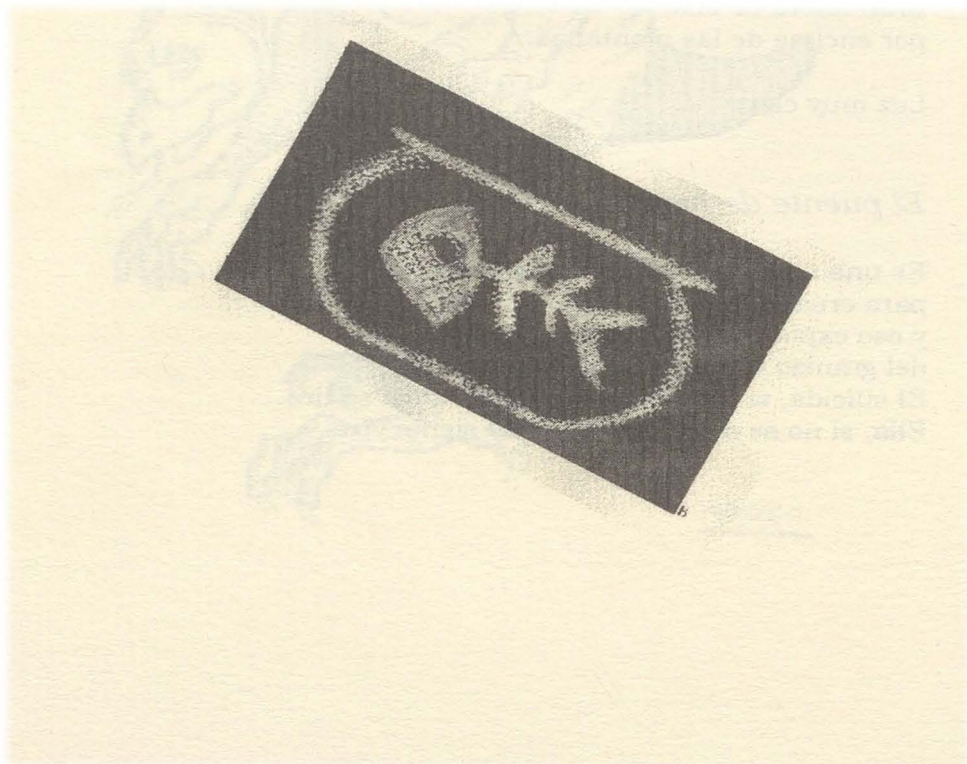
El puente de hierro

Es una mujer que se descalza siempre
para cruzar el puente
y eso explica por sí mismo el sonido
del granizo y el silencio de las perlas.
El suicida, si no oye los zapatos, nunca se tira.
Ella, si no se oye a sí misma, se siente viva.

Papaver

Una paloma de polvo
se levanta al paso.
Irrespirable luz de la sala de harina.
Algo esconde la harina, la papaver oxidada.
Blanco silencio de asma en los ojos.
Asma de faba molida
y de pannues-harapo, fames, farina,
la flor de siligo, la papaver oxidada,
el Suffoco de mis ángeles
en la sala hecha para esconder
harina que tapa los cielos.

¡Ángeles con la pala a la noche!



MARÍA MUÑOZ

Felicidad resiste

Ojos que son signos guardando la tristeza
de mis palabras

Venero -parte tan solo-:
de tu boca viene a mi boca la reserva

y el canon estricto del poema roto.

Horas confusas. Las horas duermen.
Entraño -amor- esa línea donde te pierdes.

Frente al vitral, la noche asedia
el universo cifrado de mi tiempo.

Al aire expuesta la cautela -presa de fondo-

Mirarte fue
crear el riesgo.

Enigmático y cautivo el verso
te nombra.

Cielo amargo.
Cielo-refugio trasladado

Tentador de belleza
que nunca llegará.

Voz del poeta -no dócil-, una carga
de nieve

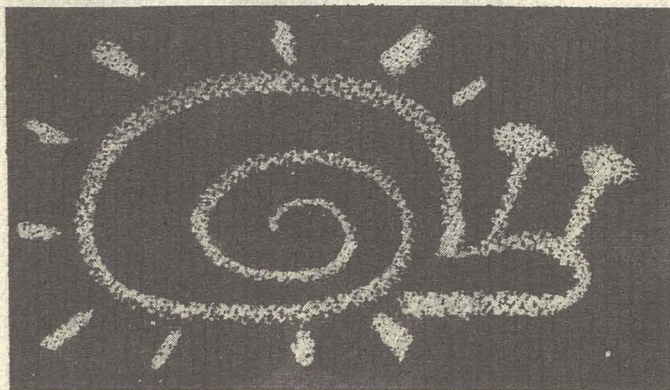
para demoler a un ángel,
los que aman

¡Luz de mis sueños! Contra nosotros llueve.

De cuanto cruzó me queda
ensayada resistencia

Vertebrada expresión;
Te vas, te vas... Senda amable.

Tormento feliz



LA CARIÁTIDE Y PERONELLA,

por **JOAQUÍN COPEIRO**

-¡El banco del fondo, a la calle!

Ni cortos ni perezosos, Rufo, El Bargas, Casillas y Venancio se pusieron en pie, giraron ciento ochenta grados sobre sí mismos, agarraron el banco en que se sentaban y enfilaron con él hacia la puerta del aula. La carcajada fue general; el profesor, colérico, apretó los dientes y la sangre le asaltó las mejillas. Cuando la risa amainó, la mirada de don Enrique sobrevoló enfurruñada nuestras cabezas. Luego me contaría Bermejo de qué manera llegó a removerles el flequillo a los de la primera fila el resoplido bufo de don Enrique.

Sin embargo, con ser notable la referida anécdota, no fue ésa la razón de que aquella jornada se grabara indeleblemente en nuestras cabezas. Y digo nuestras, porque siempre que coincidimos algunos de los colegas de aquel inolvidable 6° de Bachillerato, otorgamos el sobresaliente, con unánime complicidad, a la clase de Literatura. Doña Elena, la profesora, era una mujer de mediana edad, delgada como un faquir y no muy agraciada, porque a sus carriados incisivos -que no en balde la apodábamos, en aplicación de una etimología arbitraria y macarrónica, La Cariátide- añadía un trasero respingón que le desacompasaba los andares. No obstante, tenía una voz que cautivaba, sobre todo cuando ella sola, y a pelo, nos leía textos de Lope de Vega o de Calderón de la Barca; jamás olvidaré su manera de recitar el madrigal de

Gutierre de Cetina, aquel de «*Ojos claros, serenos, si de un dulce mirar...*» el día en que se lo oí, decidí caligrafiarlo, meterlo en un sobre y mandárselo a Maguigós, la de PREU -o sea, María Rosa, pero ella misma apocopaba su nombre, lo aglutinaba y le gabacheaba las erres por culpa de un descomunal frenillo que le afeaba el habla; así es que, por remedo nuestro, en Maguigós se quedó-, que nos privaba a todos, de lo buena que estaba, pero a la que, también hay que decirlo, sólo consiguió ligársela Pepín Arellano, el hijo del Director. ¡El muy *jodío*, qué bien supo sacarle partido al cargo de su padre!

Aquel día era viernes, y por la tarde, que entonces las clases se morían con la luz amarillenta de las viejas lámparas de latón, mientras las calles se apenumbaban tras los grandes ventanales que daban al parque. La Cariátide acostumbraba a preguntar cada día, y lo hacía siguiendo el orden de lista. Ella no nos exigía, como otros profesores, que subiéramos a la tarima a recitar de memorieta la lección, no. Ella nos permitía, magnánima, que contestáramos desde nuestros asientos, atrincherados tras el compañero de delante y mirando por el rabillo del ojo la chuleta que ocultábamos con su espalda. Yo siempre he pensado que La Cariátide conocía de sobra nuestras artimañas, pero quería ejercitarnos así en la expresión oral. Y eso, lo de fijarse, lo hacíamos todos, empezando por Pepín, que copiaba hasta en los exámenes de su padre, Director, como ya he dicho, y profesor de Filosofía: ¡el bueno de don Ernesto nos preguntaba temas enteros, temas que quien más quien menos llevaba *fusilados* en folios con membrete del Instituto, y que al final cambiaba por los folios garabateados de ignorancia! Recuerdo haberlo visto enfadado sólo una vez. Era martes y al otro lado de las ventanas una luz mortecina y triste de invierno agobiaba la caída del día. Don Ernesto llegó mascullando improperios y aflojando

se el nudo de la corbata.

-¿Se encuentra mal, don Ernesto? -le preguntó Dieguito Márquez.

-¿Qué le pasa, señor Director? -insistió El Bargas, en la seguridad de que don Ernesto encajaría el interrogatorio.

-¿Que qué me pasa, que qué me pasa? ¡Qué me va a pasar! ¡Que algún desvergonzado se ha atrevido a colocar encima de los inodoros de los señores profesores este papel -y enarbolaba un folio con algo escrito que, desde este lado de la tarima, parecía un poema-! ¡Y lo peor, lo que más me indigna, es que tengo la certeza de que el autor del anónimo no se encuentra entre vosotros, porque, por desgracia, debe de haber sido todo un señor profesor! -y las tres oes sonaban con la solemnidad de un órgano catedralicio.

Como era de esperar, durante el resto de la clase, aquel papel de ignoto contenido concitaría toda nuestra atención, no sólo por la lógica curiosidad suscitada por un escrito capaz de sulfurar en tal medida al mismísimo Director, sino también por la decisión de volver a colocarlo en su lugar de destino para, de esa manera, sembrar el desconcierto en las filas enemigas. Así es que cuando, al salir don Ernesto y sin que él se percatara, el folio se descolgó de entre sus cosas y aterrizó a los pies de su propio hijo Pepín Arellano, lanzamos sobre Pepín torvas miradas, conquistamos así su cómplice silencio y al día siguiente, a primera hora, armados con varias copias del cuerpo del delito, en un descuido de los bedeles, las pinchamos en las puertas de los excusados profesorales, donde quedaron rezando lo que sigue:

Si orinas o defecas, profe amigo,
en esta fría taza inmaculada,
procura que tu huella delicada
no pugne con mi culo ni mi ombligo.

¡Tira de la cadena ... ! Y que tu hormigo
se pierda, ¡vive Dios!, por la bajada,
y haz uso de la escoba arrinconada,
que no quede de tu alma vil testigo.

¡Pues no está bien que un profe reputado,
educador de espíritus y mentes,
se digne no poner el mismo esmero

que en las aulas exige al arguellido
en camuflar los flecos pestilentes
de su cuerpo serrano y postinero!

¡Pero, bueno, que me voy, pero que me voy que me voy!
Vamos a ver, estaba yo recordando la clase de La Cariátide,
aquella en que nos iba a preguntar sobre la literatura italia-
na en los siglos XIII y XIV. Y decía que todos respondíamos
con la ayuda de chuletas. Bueno, todos excepto El Bargas,
que era incapaz de colocar dos palabras seguidas si no las
había memorizado antes de pe a pa -¡por cierto, y dicho sea
de paso, que luego lo he oído en alguna que otra tertulia
radiofónica interviniendo como veterinario a propósito de la
peste inglesa y no lo hace del todo mal!-, y que, cuando pre-
veía que le iban a preguntar, se aprendía hasta los números
de las páginas. Así, aquella tarde, La Cariátide le dijo que le
hablara de Boccaccio y El Bargas entonces le endilgó de
carrerilla incluso la letra chica en la que se afirmaba que a
Boccaccio, en *El Decamerón*, «*todo le sirve y todo lo
cuenta con gracia y donaire, aunque en ocasiones la sátira
contra clérigos y religiosos aparezca un poco sobrecargada y
tampoco se pare demasiado en los límites de lo honesto*» Yo y
cuantos allí estábamos podemos dar fe de ello, porque
como quiera que el susodicho rematará la intervención con

un retintín de intención escamante y como quiera que La Cariátide reaccionara con insólita ira, todos nos aprendimos, en los días sucesivos, el famoso parrafito, ¡y hasta hoy! ¿Que y qué hizo la profesora? Pues se levantó, le gritó a El Bargas que se sentara y nos contó, con una voz que le subía desde los talones, que el italiano se avergonzó luego de su obra, renegó de ella y estuvo a punto de quemarla por inmoral.

-¡Conque apunten, niños -repárese en el tratamiento-, al lado de *Decamerón*: «*Prohibida su lectura bajo pena de excomunión*».

Naturalmente que obedecimos la indicación de nuestra profesora, y naturalmente también que nos propusimos conseguir cuanto antes tan peligrosa joya literaria.

Esta anécdota me lleva siempre a recordar -curiosos los recuerdos, que se encadenan unos a otros sin voluntad que los encarrile- otras dos antológicas llamadas a pie de página: una, la que nos hizo incluir don Ernesto a propósito del evolucionismo de Darwin, teoría que el libro de texto despachaba diciendo que según el antropólogo alemán el hombre viene de; mono: «(1) *A este señor hay que responderle que mono lo será su padre*»; otra, la que aparecía en una página del libro de Matemáticas y que, refiriéndose a una demostración trigonométrica, advertía sin pudor: «(*) *Sólo para alumnos muy inteligentes*», Montoro, el de mi derecha, añadió con toda su mala leche: «*¡será gilipollas!*».

Ese fin de semana, un comando especial formado por Montoro, Casillas, Pimentel, Nico y el que suscribe -a Pepín decidimos excluirlo por si se chivaba a su padre- se propuso hacerse con *El Decamerón* de Boccaccio. El padre de Pimentel era abogado y de su pequeña biblioteca procedía el ejemplar que, camuflado bajo un forro de ABC, nos reunió en la mañana del domingo, a la salida de misa de doce, en torno a unos *vermuitos* de los de *a granel* y a un platito de boque-

rones en vinagre que nos sirvió Vicente en El Hispano. El libro era tan grueso y con la letra tan chica -o sea de los que *patidifusan*, como diría el de Gimnasia-, que a corto plazo resultaba inabordable. Por otra parte, la urgencia un tanto enfermiza nos empujaba a situarnos fuera de la Iglesia -ya nos había advertido doña Elena de que la excomunión se cernía sobre nuestras cabezas como espada de Damocles -aturullaba nuestra voracidad lectora. No nos quedó otra, pues, que recurrir al azar, y fue Nico quien hojeó el libro como si se tratara de una baraja de naipes, quien sopló sobre sus hojas, quien encajó entre dos de ellas un dedo con la uña ennegrecida por el pecado, y ¡ale hop!: página 764, Jornada séptima, Novela segunda: «*Peronella mete a un amante suyo en un tonel al volver su marido a casa; y como el marido lo había vendido, ella dice que se lo ha vendido a uno que está dentro para ver si le parece firme; y saliendo éste se lo hace raspar al marido y llevárselo luego a su casa*».

Aquel domingo de gloria, leímos y releímos el cuento, y nos detuvimos en algunos de sus párrafos para desfogar nuestra acalorada imaginación. Luego, unánimemente decidimos hacer una copia y remitírsela, como un regalo de Navidad de *Los Excomulgados, S.A.*, a La Cariátide: yo me encargué gozoso, y para mi desgracia como se verá, de llevar a cabo el plan.

Durante las primeras semanas del nuevo año, las clases de doña Elena estuvieron un poco más tensas que de costumbre. Cuando preguntaba la lección, no seguía el orden de la lista, con lo que nos obligaba a estudiar todos los días, so pena de que nos endosara un cero con todas las de la ley y nos cerrara la posibilidad de presentarnos a la reválida; y además, ahora nos hacía subir a la tarima. El pobre Bargas lo pasó mal hasta final de curso y yo.... ¡mejor olvidarlo! Ahora, eso sí, la historia de Peronella y aquella forma tan pecu-

liar que tuvo de engañar en sus propias narices al ingenuo de su marido no me abandonaron en ninguna de las clases restantes de Literatura; antes al contrario, que cuando La Cariátide nos prohibía rigurosamente los autos Séptimo, Octavo y Noveno de *La Celestina*, Peronella más, y cuando nos ponía en guardia contra los poemas sicalípticos -nos mirábamos unos a otros ante tamaña palabreja- de Quevedo, Peronella más, y cuando nos prevenía frente a algunos excesos de los románticos -¡ay aquel «*me agradan las queridas/ tendidas en los lechos/ sin chales en los pechos/ y flojo el cinturón*» habitualmente atribuido a Espronceda y que Venancio nos recitaba en el recreo, porque se lo había enseñado un primo hermano de su padre, donjuán solterón y libertino que habitaba un apartamento de la madrileña plaza de España-, Peronella más, y cuando dejaba sin finalizar la famosa *Sonatina* de Rubén Darío, en cuya última estrofa un hada madrina anuncia a la triste princesa que un feliz caballero se encamina hacia ella «*a encenderte los labios con su beso de amor*», Peronella más, y así hasta junio. Pero -y de esto aún hoy, y a pesar de mis estudios de Psicología clínica, sigo sin comprender la razón- cuando Peronella me sobrevenía hasta sorberme los sesos, era mientras me esforzaba como un titán en aprenderme de memoria el famoso epigrama de Nicolás Fernández de Moratín, en colisión directa con la literalidad de su título: *Saber sin estudiar*. Porque donde el poeta escribió «*admiróse un portugués*», yo añadía «*de lo buena que estaba Peronella*», donde decía «*de ver que en su tierna infancia todos los niños de Francia/ supiesen hablar francés*», yo de nuevo añadía «*y el marido de Peronella en el tonel*», donde continuaba con «*arte diabólico es,/ dijo, torciendo el mostacho*», yo otra vez añadía «*que Peronella te pone el gorro desde fuera del tonel, por cuclillo y calzonazos*», donde se lamentaba con «*que para hablar en gabacho,/ un hidalgo en*

Portugal/ llega a viejo, y lo habla mal», yo añadía una vez más «y tú, gurrumino, raspando dentro mientras la hermosa Peronella y su amante se rascan fuera más y más», y donde finalmente concluía «y aquí lo parla un muchacho», yo remataba «y tú, incauto marido de Peronella, cornudo de arriba abajo».

Es verdad que me aprendí el epigrama y se lo recité apasionadamente a La Cariátide pensando en Peronella, y a Maguigós pensando en La Cariátide, que, ¡maldito lío!, la libido se me había entreverado de literatura, la métrica de erotismo y todo me abocaba a hincar la testuz ante el desdén de la bella preuniversitaria, la cual, *además* de aprobar, o *a cambio* de, se largaría para todo el verano con Pepín Arellano. Pero cuando pasados los exámenes finales de junio llegó a mi casa el sobre con las calificaciones, mi padre me enseñó una nota manuscrita de la propia doña Elena, que sin duda reconoció mi letra en la copia del relato, y con el visto bueno de don Ernesto Arellano, y que rezaba lapidaria: *EXCOMULGADO SIN REMISIÓN HASTA SEPTIEMBRE*. ¡El bofetón de mi progenitor aún no se me ha olvidado!

PACO MORATA

1.- *marina*

como si oyera el mar
cuando me asomo
a la baranda azul
de su mirada

el olor de la brisa
me conmueve
el aire perfumado
entre las heliconias

2.- *mar menor*

one pound of flesh... no jot of blood...

el mar se desliza luminoso
bajo el cuerpo ondulado de una ninfa
la mano interminable del viento le acaricia
el pelo airado la despeina

no me concibo extraño en estas aguas
arrancadas del cielo como *libra*
de carne ni una gota
de sangre de mi pecho

en el silencio inquieto de la espera
siente un frío carnal que la acaricia
el acolchado paso de los besos
sobrenada su piel

como húmedos viajeros
del hontanar remoto
que alienta la pasión
hasta su sexo

un arcángel de negra cabellera
con un dardo de hielo
prendido entre los labios
le brinda su consuelo
la inestable belleza de la rosa
que apenas se disfruta
está marchita.

el roce de la lengua
torrente de aluvión
halla un remanso
de apaciguado hechizo
entre las piernas
un beso recostado
entre la seda
allí donde se abren
las puertas de la mar
donde se alterna
el pecio naufragado de la muerte
con el origen mismo
de la vida

DAMIÁN FENTE

El encuentro

INFORMACIONES.- En la madrugada de ayer, murió heroicamente en acto de servicio, el inspector Melquiades Cofrán, por los disparos recibidos de un preso que había logrado escapar, que fue abatido posteriormente...

Fabián Ortega llegó a la comisaría poco después de la medianoche. Había acabado su turno y como todas las noches se daba una vuelta por sus dependencias para conocer los últimos sucesos y chismes del día. Era su diaria rutina y no iba a cambiarla por nada del mundo.

Desde que había entrado en el cuerpo, poco después de acabada la guerra, no había fallado ni una noche, si exceptuamos la de bodas, y esa porque estaba lo bastante borracho como para no poder ni tenerse de pie. Sus compañeros se burlaban de él y compadecían entre risas a la pobre de su esposa que estaría sola y desesperada, calentando la cama, esperando al hombre que le había caído en suerte, o más bien en desgracia, como sibilamente rumoreaban por detrás. Fabián se reía de las chanzas de sus colegas y presumía de su papel como hombre de la casa, aunque supiera que su matrimonio había sido una completa mentira desde mucho antes de haberse celebrado, y que si seguía con Luisa, haciendo cada uno su vida como dos desconocidos que compar-

tiesen ocasionalmente cama en una pensión, era por aquello del que dirán.

Fabián casi había olvidado el motivo de su distanciamiento, si así podía llamarse, aunque fuese más acertado decir su ignorancia mutua. La pátina del olvido se había quedado incrustada en sus años de noviazgo. Sí, quizás había sido culpa suya, pero recordaba que Eva tampoco había ayudado mucho. Sin embargo, las secuelas de aquel fracaso no eran conocidas por nadie. Eran dos completos extraños que sólo se veían las caras por la mañana cuando él se levantaba, antes de salir para dar una vuelta por el barrio y echar una partida de mus en la taberna de Manolo, el «Manitas», antes de comer allí mismo un buen plato de cocido o de callos y marchar para la comisaría, mientras ella se quedaba haciendo la comida para ella y su madre, o cortando y cosiendo los vestiditos que le traían de un almacén mayorista. Aunque él daba religiosamente todos los primeros de mes el jornal a su mujer, al día siguiente, puntualmente, se hacían los repartos justos para poder pasar cada uno su existencia sin tener que interferirse ni enfrentarse a problemas engorrosos más que los justos. Así, era lógico que nunca tuviese mucha prisa por llegar, pues aunque su mujer pudiese estar despierta, sabía que ni ella ni nadie lo esperaban. Y para él la comisaría era su hogar.

Aquella noche la lluvia había martirizado su ronda por Recoletos. Se había tenido que refugiar junto con el «Gallego» -su pareja de los últimos meses tras el ascenso y traslado de Ramírez a una oficina con más papeles que el Ateneo- en el café Gijón, donde a esas horas y más en lunes, sólo había cuatro contertulios discutiendo sobre cualquier tema que fuese bueno para pasar las horas muertas y preservar un poco de calor en el cuerpo, más dos o tres busconas a la caza de algún cliente miope que no tuviese otra cosa mejor que hacer

a esas horas. Pero la noche no estaba para muchas farras. Ya la tarde había devenido en un gris plomizo y opresivo que terminó estallando en aquel inmenso aguacero.

El calor de la comisaría se agradecía, sobre todo el calor humano, ya que las estufas brillaban por su ausencia, pero quizás el trasiego de detenidos transmitían a la comisaría un especial calor. Siempre las mismas caras conocidas, los habituales chorizos, prostitutas, trileros, algún chapero que ya se habría ido caliente a la cama o a la celda, según su suerte.



En el fondo no le gustaban los métodos que aplicaban sus colegas de la secreta contra esos pobres desgraciados por los que sentía una especie de compadreo, cuando no una franca y abierta simpatía, y por qué no, hasta cierto sentimiento que bien podría denominarse cariño. Entre ellos y Fabián existía una especie de comunión de intereses, pues reconocía que si él estaba allí era porque ellos existían.

Podía alardear con todo orgullo de ser un experto conocedor de toda la reata de galafates y trujamanes que mero-deaban por la Ribera de Curtidores o al pie de Cascorro. Cuántas veces en el Rastro había pillado al Busilis dando el toco-

mocho a cualquier desprevenido paleta que acudía en busca de El Dorado a la capital; o a Goyita intentando vender a una pareja de turistas extranjeros supuestas obras de arte, extraídas con mucho cuidado del mismo sótano del museo del Prado, como él decía, pero que no eran más que meras falsificaciones, pero en las que ponía tanto esmero que bien podían pasar por verdaderas. Qué decir del Litri vendiendo gato por liebre con cualquier objeto que cayese en sus manos, desde cañerías de plomo hasta trozos de mampostería; o de Don Tancredo, que siempre que había corrida en las Ventas aprovechaba para aliviar muchos bolsillos del peso de sus carteras. Y la maña que se daba Boluda, el limpia, que mientras daba lustre a un par de botines o vendía un décimo de lotería, cepillaba todo lo que rozaba con su mano, como si su mano hubiese adquirido la electricidad estática de su gamuza; o Venancio, el vendedor de periódicos, que con su voz ronca mendigaba un vasillo de vino y ofrecía a su vez tabaco de contrabando, mirando de hito en hito con sus ojos desorbitados más propios de un buey degollado que de un ser humano, mientras su cuerpo contrahecho, como un sapo dispuesto a saltar, se revolvió nervioso y sufriente igual que una imagen de Semana Santa. Los había indudablemente con más caché, como Perlita, aquel pobre escribiente que vendía las plumas de oro que había robado en la tienda de don Gabino y que componía coplillas improvisadas y chascarrillos que intentaba vender en bodas y bateos; o Montejo, un chulo elegante y simpático, con el que compartió mesas de mus, pero demasiado aficionado a propinar palizas a sus coimas y que en varias ocasiones había sacado la filosa demasiado rápido contra algún cliente de ellas.

Lo mismo le ocurría con las mujeres: con la Finita, aquella prostituta de melena pelirroja a lo Eleanor Parker, con la que alguna noche huérfana había compartido calor de cama;

o la «Alemana», una mujerona recia de corazón de oro, pero demasiado aficionada al pirriague, a la que muchas veces se encontró tirada, despatarrada y magullada en cualquier oscuro rincón de un soportal, con la ropa pringosa y perdida, igual que su cara, corrida de rimel y pintalabios; o la Castita, que aún soñaba y suspiraba por un príncipe que la rescatase de ese pozo de inmundicia; o la Beltrana, una mujer de rompe y rasga, que marcaba con rapidez la cara de cualquiera que le usurpase la esquina de su propiedad en Caballero de Gracia con Montera; lo mismo que la Lunares, una mujeruca escapada de algún dramón de ciego, de aquellos que recitaba don Secundino, mientras su nieto, Marcialillo, deambulaba por entre los espectadores a la busca y captura de un peluco con una buena cadena de oro o de todo aquello que relumbrase más de la cuenta. Sin embargo, su preferida había sido Antoñita, la Reina, aquella moza andaluza, de tez clara y melena negra, de grandes ojos oscuros, que llegó a principios de los cincuenta y poseía aquel acento que embrujaba a todo aquel que le escuchaba y que acabó mantenida por un banquero del barrio Salamanca, que le puso un piso en Claudio Coello, y a la que, evitando un saludo comprometedor, a pesar del cruce cómplice de sus miradas, aún de vez en cuando veía pasear por el Retiro con un pequeño que daba patadas a una pelota o pedaleaba un triciclo.

A todos los conocía y a la mayoría, casi siempre, solo les requisaba sus hurtos y engaños; otras los echaba con mucho aspaviento y aparentes cajas destempladas, para luego compartir unos chatos con ellos en la «Tomasa», en Torrecilla del Leal, mientras se aviaban entre pecho y espalda unos buenos caracoles.

Aquella noche había más trasiego del habitual, y más para un día tan desapacible como aquél. Había demasiados de la secreta huroneando por los mostradores y mirando

VENTA Á PLAZOS.

14 REALES SEMANALES.

UN AÑO DE CRÉDITO,
sin aumento alguno en los precios.



Diez por ciento al contado.
Enseñanza gratis á domicilio.

PÍDANSE CATÁLOGOS ILUSTRADOS CON LISTA DE
PRECIOS EN EL DEPOSITO CENTRAL DE ESPAÑA
Y PORTUGAL,

Carreras, 35, Madrid,

inquisitorialmente a cualquiera, sospechando todo tipo de conspiraciones o delitos, incluso aquellos que no pasaban de leves relámpagos de la mente. Saliendo de los calabozos, distinguió a Melquiades Cofrán, aquel coruñés menudillo del que se decía que era amigo del Caudillo y que presumía de comer con él una vez a la semana en El Pardo. Aquel individuo de aspecto esmirriado, mirada gélida y miope, bigotito a la moda, destacaba por encima del resto gracias a su voz meliflua y aflautada de tiple afónica, dando órdenes sin ton ni son. Se contaban muchas historias de aquel marrajo de la Político-Social, y ninguna buena. Su misión, según él «órdenes directas del Caudillo», era buscar en la selva de los bajos fondos a toda la fauna de conspiradores que pudieran afectar a la estabilidad del régimen: rojos, masones, judíos y maricones, sin olvidar a sus colaboradoras, las putas de Recoletos. A todos ellos sin distinción les propinaba enormes palizas, por no mencionar otro tipo de métodos más sutiles y dolorosos, para hacerles confesar desde el color de su ropa interior hasta el último rescoldo apagado en la memoria de sus amistades de la infancia, por si había alguna certeza de sospecha en su pasado. Le seguía como un fiel mastín el corpachón de vinazo de Orenes Martín, un individuo silencioso, mugriento, de mirada bovina, que olía a tasca trasnochada y orín, que cubría las espaldas de su superior como su inseparable sombra, siempre dispuesto a propinar un buen zurriagazo o a embestir y borrar del mapa a todo aquel que osase siquiera toser a su superior.

-¿Qué pasa? -le preguntó al policía de guardia.

-Han cogido a una banda de rojos que estaban preparando una huelga de tranviarios.

Fabián guardó silencio. Hacía tiempo que se barruntaba por las calles algo por el estilo. Los agentes clandestinos y los emboscados se estaban multiplicando por aquellos

meses. Desde hacía un par de años, después del viaje del general americano aquel y del reconocimiento internacional, auspiciado por países amigos, del gobierno del Generalísimo de su labor de contención del comunismo, se habían avivado las actividades de los que habían perdido la guerra y que habían permanecido ocultos bajo sótanos y detrás de paredes o habían cruzado la frontera francesa. Sabotajes, octavillas clandestinas, un mayor retraso en el servicio de tranvías y autobuses, algún conato de motín, parecían hechos aislados que simulaban mostrar solo el descontento de los trabajadores. Pero a la luz de las detenciones, todo ello cobraba una nueva carta de naturaleza.

Se acercó por el estrado como quien se deja caer para fumar un cigarro con el sargento de guardia y al mismo tiempo husmear, si podía, por entre los papeles.

-¿Qué tal, Romero?

- A sus órdenes, mi teniente. ¿Ya por aquí?

-Como siempre, Romero, como un clavo -no le había pasado desapercibido el saludo militar-. Y más esta noche, que está de perros.

-Ya lo he visto ya.

Romero mostró una actitud más reservada que de costumbre. Era un burgalés que había estado con él en el frente el último año de guerra, cuando le destinaron desde la sierra madrileña a los alrededores de Teruel, tras el periodo que pasó convaleciente por la herida en el brazo. Era una posición de retaguardia, pero dispuesta para entrar de inmediato en combate, como así ocurrió meses después cuando se desató la ofensiva roja del Ebro. Aunque Fabián tenía una mayor graduación, la antigua camaradería entre ellos sobrepasaba los escalafones; por eso esta noche, notó la formalidad en el cambio de saludo. La presencia de los hurones rompía la familiaridad en el trato y había que guardar las aparien-

cias. Le ofreció liar un pito, a lo que el sargento denegó con la cabeza e hizo una seña imperceptible hacia la puerta de los calabozos.

-¿Han venido muchos de estos ... ?

-Unos cuantos.

-Me parece haber visto a Cofrán y a su mascota.

-Así es, mi teniente.

-Deja ya el tratamiento, que me lo vas gastar.

-Lo siento, mi teniente, pero...

-Ya lo sé, no te preocupes.

Desde la posición estratégica de Romero se observaba con total impunidad todas las dependencias de la comisaría. Y lo que vio, le puso un nudo en la boca del estómago. Habían aplicado más mancuera de la debida. En los bancos de un rincón, se sujetaban hombro con hombro cinco hombres que se restañaban en silencio heridas y cortes en nariz, boca o pómulos, en donde se confundía el amoratado de los moratones con el rojo renegrido de la sangre reseca, remedando una burda caricatura de un ser humano. De vez en cuando se agarraban crispados algunos de sus miembros doloridos, con la mirada baja, humillada, resentida. No reconoció a nadie. Suspiró aliviado. Ninguno era de sus habituales.

-¿No hay nadie más ... ?

-Los han echado a todos.

-¿Y estos ... ?

-Tranviarios... que querían organizar una buena.

-¿Por qué no se los llevan a Sol?

Romero se encogió de hombros mientras negaba con la cabeza.

-¿Y aquí están todos?

-No. Abajo, tienen a dos que por lo que se ve eran los que la habían estado organizando -Romero, secreteaba en un murmullo, lanzando miradas de soslayo hacia la puerta de

los calabozos-. Dicen que han venido de Rusia.

-Ya será algo más cerca... Casi nunca vienen de tan lejos. Quizás hayan venido de Francia.

-No lo sé, mi teniente. Lo único que sé es que Cofrán y sus perros les están calentando de lo lindo. Y no me extrañaría que esta noche tuviésemos que hacer alguna salida a los descampados de Entrevías y arrojar algún fiambre entre los escombros o acercarnos por el cementerio de Carabanchel. Fabián lanzó una mirada conminatoria a Romero.

-No hables tan alto, que nos la jugamos los dos.

-Lo siento, mi teniente. Pero es que se me revuelven las tripas cuando veo a Cofrán y a los suyos dar candela. Y mire que yo no me achanto, usted lo sabe. A la hora de dar, soy como el que más, pero... pero hay cosas que no se pueden ni se deben consentir, por muy rojos que sean.

-Cállate de una vez.

Los dos miraron hacia la boca negra de los calabozos. Aparecieron Cofrán y Orenes limpiándose las manos con un trapo mugriento. Uno de los agentes de la puerta, cuchicheó algo al oído del inspector, que orientó su vista en dirección a la mesa de Romero. Su mirada intensa, fría, sin un atisbo de compasión, se trastocó en una nota de acerada ironía y avanzó lentamente, reafirmando cada uno de sus pasos, haciendo que resonase su firme taconeo sobre la tarima de madera. Sin volver la cabeza, se dirigió a su perro guardián.

-Coge a dos de esos mierdas y lléalos a una de las celdas libres del fondo, a ver si sueltan algo más que los dos de ahí abajo, que están un tanto mudos.

Orenes cogió al azar a dos de los esposados, que no opusieron ninguna resistencia, desmayados y febles, que se dejaron arrastrar como peles que fueran a ser arrojados al baúl de los trastos viejos.

Cofrán se detuvo ante la mesa de Romero y miró a los

dos agentes con un ademán parecido a la curiosidad. Sus ojillos de roedor se fueron tornando cada vez más duros y amenazantes. Romero bajó la vista intimidado, mientras Fabián aguantó la mirada, al tiempo que exhalaba una bocanada de humo sobre el inspector. Cofrán parpadeó y tosió levemente. Carraspeó. Su voz chillona, afectada por el sabor acre del tabaco inhalado, empezó a trastabillar palabras.

-¿Qué se rumía por aquí? ¿O es que están tramando algo? ¿No tienen otra cosa mejor que hacer que mirar lo que no les importa?

-Sí, señor. A sus órdenes -atajó rápidamente Romero poniéndose a rellenar formularios sin ningún objeto.

-¿Y usted? ¿Qué?

-Yo ya he terminado mi turno.

-Pues podría irse a su casa, ¿no cree?

-No creo. No tengo ninguna cosa mejor que hacer. Y además están diluviando chuzos de punta... No me apetece mojarme y agarrarme un catarro a lo tonto ¿no cree?

-Pues aquí sobra.

-Nunca se sabe con estos rojos. A lo mejor necesitan una mano más.

-Nos bastamos y nos sobramos.

-Ya me he percatado.

-¿Qué insinúa?

-Que se bastan ustedes solos. Son unos verdaderos profesionales de su trabajo. Eficientes y metódicos. No dejan cabo suelto.

A Cofrán no se le escapaban las ironías de Fabián. Comenzaba a enrojecer y a sudar por la raya de su bigotito. La congestión amenazaba una explosión de ira que a duras penas conseguía contener. Su poder de intimidación flaqueaba ante un miserable inspector de la calle que se tomaba la libertad de ironizar acerca de sus métodos, de cuestionar las

órdenes directas del Caudillo de mano dura con los rojos y los conspiradores. Aquel hombre debía ser vigilado, podía ser un traidor en potencia. Se quedó mirándolo en medio de un tenso silencio en el que sólo se escuchaba el garrapatear de la pluma de Romero sobre los impresos.

-¡Inspector!

Aquella voz gutural rasgó el aire como el chirrido ronco de una sierra. Orenes inundaba el umbral de la puerta. Cofrán reaccionó lentamente. Sin dejar de mirar a Fabián, contestó.

-¿Qué ocurre?

-Uno de los de abajo parece querer hablar.

-Ya hablaremos más tarde... usted y yo, inspector.

-Cuando usted guste... inspector.

Finalizó remarcando como una punzada la palabra, reafirmando su posición y su cargo, el mismo que Cofrán, a pesar de las influencias.

Cofrán no se dio por aludido y se precipitó hacia los calabozos.

Fabián apagó el cigarrillo con saña sobre el cenicero, a la vez que un sudor frío le corría por la piel. Miró a Romero esbozando una media sonrisa.

-Siento haberlo metido en este embolao, mi teniente.

-No te preocupes, Romero. Este tío es un tipejo de mala ralea al que hay que parar lo pies; si no, se te sube a la chepa y te acogota a la mínima.

-Mi teniente, ha tenido usted un par de lo que hay que tener -silbó con admiración el subordinado.

-Te he dicho que dejes ya lo de teniente.

Se dio un corto paseo hasta la salida. Sentía todavía los nervios agarrotándole las cuerdas de la garganta. Nunca le había gustado enfrentarse con sus superiores o sus compañeros; pero ese mastuerzo siempre le había provocado náu-

seas y más de una vez se había contenido ante su violencia y su chulería. Se asomó. El aguacero no mitigaba.

Se acercó de nuevo a la mesa de Romero. La irritación iba en aumento. Mientras instintivamente encendía un nuevo pito, comenzó a medir a grandes zancadas la habitación. Se la conocía de memoria, pero recorrerla una vez más le vendría bien para quemar toda la mala sangre que le agriaba las entrañas. En ese instante, entraron en tromba dos números que casi lo tumbaron en su precipitación.

-Perdón, inspector. A sus órdenes.

-A ver si tenéis más cuidado, coño -como siguiese la nohecita así todavía metía algún paquete a cualquier pobre subordinado que no tuviese ninguna culpa en aquel tiberio. El muchacho que lo había embestido era un mocetón que no se había quitado el pueblo todavía de encima. Torpemente se cuadró. Fabián le hizo un ademán con la mano quitando importancia al encontronazo.

-¿El inspector Cofrán?

-No, muchacho. ¿Me ves cara de pachón?

El policía se quedó mirándolo de hito en hito sin saber qué contestar.

-Pregunta al sargento.

Romero ya se había anticipado y señalaba a uno de los subordinados de Cofrán. El agente, después de un rápido saludo taconeado, le transmitió la información, que debía ser urgente y confidencial porque no levantaron la voz más allá de un sordo bisbiseo. El hombre de Cofrán se metió en los calabozos con celeridad, y al minuto escaso aparecían el inspector y su mastín. Sin dignarse a mirar se encajaron el sombrero hasta las cejas y salieron precipitadamente con todos sus acólitos detrás. La atmósfera se distendió con su salida. Romero lanzó la pluma como si le acalabrarse. Los presos y guardias relajaron sus miembros y Fabián dejó el cigarro so-

bre el cenicero de Romero.

-¿Y a todo esto, donde está el comisario?

-Ya sabes... -le guiñó cómplice un ojo. Romero había abandonado el tratamiento y recobraba la confianza que le tenía. - Buscando timbas...

-¿Tenía partida?

-Y si no la tenía, se la busca, porque el olfato que tiene para encontrar garitos y tugurios improvisados es impresionante.

Era cierto, el comisario Cerceda era un tahúr empedernido, no tenía remedio. Se gastaba todo su jornal, incluso antes de haberlo cobrado, en todo tipo de partidas clandestinas, pero por su cargo, era admitido siempre a cuenta en cualquier partida por la que apareciese. Y parece que en esa noche de perros, en la que maldita la falta que hacía, no iba a aparecer.

Cogió los historiales de la mesa de Romero, agarró del respaldo una de las sillas apoyadas sobre la pared y se colocó cabe una mesa en la que reposaba una máquina de escribir. A pesar de la confidencialidad de los informes, Fabián se saltaba las normas, y más esa noche en la que estaba tan irritado. Romero ya conocía las rutinas de Fabián, pero no por ello dejaba de mirarlo con reprobación y con cierto miedo, no fuese a aparecer de nuevo el bestia de Cofrán, por lo que de vez en vez echaba furtivas miradas hacia la entrada. Ojeó con un rápido vistazo los nombres de los detenidos, pobres diablos que no volverían esa noche, y sabe Dios cuándo, a sus casas. De improviso, un nombre le hizo casi saltar del asiento. Miró a su alrededor, pero nadie parecía haberse percatado de su respingo, Disimuladamente, con el rabillo del ojo aprestado a cualquier mirada indiscreta, volvió a leer el nombre que le había llamado la atención. No podía ser... ¿Cómo iba a ser el mismo... después de tanto tiempo? Quizás fuese otro... segu-

ramente... pero ahí estaba, y podía ser una casualidad, pero ¡maldita casualidad! Debía intentar verlo, como fuese y reconocer su rostro perdido en las telarañas del pasado. ¿Cuánto tiempo hacía? Más de veinte años... aquellos días de la guerra... en el frente de la Sierra. ¡Cuánto añoraba aquel tiempo! Eran sus años de mocerío, cuando salió de su casa segoviana con el fin de entrar en Madrid antes del invierno, y tuvo que esperar tres años de calamidades para hacerlo. A pesar de las penurias, de aquellos sargentos chusqueros que te metían una bala entre ceja y ceja si tenías la mínima vacilación a la hora de atacar, de aquellos requetés soberbios y engreídos o de los otros, los falangistas, tan señoritingos y tan poco realistas como fanáticos en ocasiones... a pesar de todo, recordaba aquellos años con nostalgia. Echaba de menos el sentido de la camaradería que disfrutó, las amistades que fueron germinando, sinceras y leales, alguna de las cuales aún sobrevivían, mientras que otras fueron quedando diseminadas por el camino, abatidas y rotas por la bala de un paco o la improvisada bomba de un minero, de un maqui, o por la traicionera e impenetrable nieve de Rusia. Constantino Cifuentes García, alias «Tinón». «Tinón». Ese apelativo aún resonaba en sus oídos como el tañido de una campana. «Tinón», aquel tirador tremendo que segó las vidas de tantos compañeros suyos, pero que nunca disparaba por la noche ni en momentos de descanso; aquel jotero que en los días de tregua no pactada los entretenía mejor que Radio Burgos y que alternaba sus coplas con chistes y chascarrillos soeces y vulgares, pero que benditas las risas que despertaban a uno y otro lado de las trincheras, a los que contestaba como podía aquel sevillano del que no recordaba el nombre que murió en el frente del Ebro; aquel con el que intercambiaban saludos, insultos ocurrentes y graciosos; aquel individuo que lanzaba pitillos desde su trinchera para compartirlos con ellos,

sus enemigos, a los que Franco había equivocado y mentido como gritaba desde su posición, mientras compartían en la lejanía aquel amasijo de hierbas liado con esmero... Rápidamente leyó las líneas principales de su historia que alguien había subrayado con el grueso trazo de un lápiz azul. Hablaba de su lucha en el bando rojo en distintos frentes durante la guerra, alcanzando al final de la guerra el grado de sargento; de sus amistades con Modesto y Líster, lo que le hacía ya de por sí enormemente peligroso; de su paso a Francia antes del final de la guerra con el derrotado ejército del Ebro, de su lucha en Francia al lado de la Resistencia... Se le tachaba de agente soviético y de diversos actos de sabotaje en el País Vasco, Asturias... Instigador, agitador, masón eran calificativos que se amontonaban de manera caótica y confusa ante sus ojos. Se le acusaba de haber matado a un guardia civil en la frontera con Irún y otra serie de actos que parece que tendrían su punto y final en esa fallida huelga de tranviarios.

Eran muchas coincidencias. ¿Qué perdía? Nada. Había esperado alrededor de veinte años y ahora los separaba poco más de una pared. Se levantó y dejó los informes. Romero estaba con los guardias de la puerta mirando hacia la calle. Los presos dormitaban o seguían mirando fijamente hacia el sucio suelo, en un intento de desentrañar el misterio de los regueros de mugre entre el aserrín. Como si de un sueño se tratase cogió el manojito de llaves de las celdas y se precipitó hacia las sombras de las dependencias. Allí se encontró con el guardia de vigilancia, leyendo la última edición de Informaciones.

-¿Dónde están los presos que ha traído Cofrán, los clandestinos?

-Son estos dos de la primera y segunda celda, inspector.

-No pued...

-Es una orden. Date un garbeo por arriba. Voy a continuar el interrogatorio.

-Pero son peligrosos, mi...

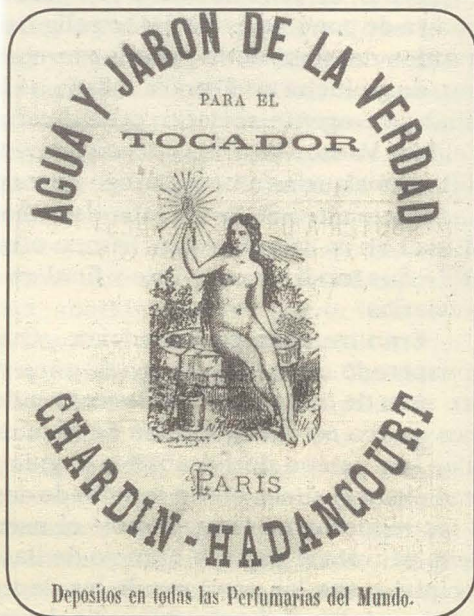
Lo fulminó con la mirada. El guardia se cuadró y con un apagado a sus órdenes se dio media vuelta y subió de dos en dos la escalera.

Fabián miró la relación de presos que estaba sobre la mesa. Constantino Cifuentes estaba en la primera celda. Aspiró hondo y se dirigió lentamente hacia ella.

En el fondo de la celda se vislumbraba el negro bulto de un hombre, sentado con la cabeza entre las piernas y los brazos, protegiéndose aquella en una especie de ademán instintivo de defensa. Fabián quería recordar su rostro,

pero no podía, se le desdibujaba entre las miles de facciones que vio durante la guerra, se le difuminaba entre las páginas de sangre y horror que vivió.

-¿Tinón? -un susurro resbaló vacilante, tanto que llegó



a pensar que el preso ni le había oído.

-¡Tinón! -ahora su voz brotó segura de su garganta, volvía a recobrar con lentitud su firmeza.

El hombre no movió un músculo. Parecía dormir, descansar, ajeno a ese nuevo sicario que venía a torturarlo. Fabián se acercó hasta una prudente distancia. Sus dedos temblorosos se aferraron con ansiedad a un cigarro. Iluminando con la lumbré del fósforo la celda, pudo observar que aquel bulto que recordaba vagamente a un hombre había recibido un severo castigo que le daba la misma apariencia de un espantapájaros de paja al que hubieran dejado desnudo. Su ropa era un cúmulo de jirones que dejaba a la vista trozos de carne negra apaleada y pequeños ríos de oscura y espesa sangre que se iba coagulando formando costrones.

-¡Tinón! ¿No me recuerdas? Supongo que no. Tampoco sé si tú eres el hombre al que busco. Estuviste en la guerra. Eran otros tiempos, ¿verdad? Ya existían bestias como el que te ha estado interrogando... y ya veo que atizando de lo lindo. Pero en el momento del combate, ellos se quedaban atrás y quedabas tú solo con tu fusil, sin ver al enemigo... y cuando lo veías lo intentabas cazar como a un conejo, o si se te acercaba y le veías los ojos, se te desataba el instinto negro de matar o dejarte morir. Lo que hace la necesidad, el instinto de supervivencia. Te enfrentas a lo que sea, no ves lo que tienes enfrente, y te defiendes como un animal, como garduña panza arriba, con las uñas por delante, dispuesto a morder, a arañar, a lo que sea, con el fin de no abandonar este jodido mundo. ¿Qué curioso, no? Siempre nos han dicho los curas que si morimos vamos al cielo, y, ya ves, ninguno queremos irnos de aquí, nos aferramos a la tierra igual que un recién nacido se agarra a la teta de su madre y quiere más y más leche -daba lentas chupadas al cigarro.- ¿Luchaste en la Sierra? Yo sí, estuve allí casi dos años, ¿sabes? Los mejores

de toda la guerra. Y de mi vida. Luego me hirieron en este jodido brazo -se golpeó el izquierdo. - Aún me molesta cuando cambia el tiempo, igual que esta maldita noche. Luego estuve en Alcañiz y participé al final en la contraofensiva del Ebro. Os dimos para el pelo; sí, señor. Bueno, aunque la verdad es que la mayoría os fuisteis de rositas por la frontera. ¿Tú estuviste en la Sierra? Había allí uno que se llamaba igual que tú... Tinón... Acojonante, qué tío. No fallaba casi nunca, mató a tantos de los míos... Y, sin embargo, parecía un tío legal. Hablé bastantes veces con él de trincheira a trincheira, fumando alguno de aquellos pitos que lanzaba desde su posición... ¿Quieres uno? ¡Venga, por los viejos tiempos ... ! ¡Maldita sea! Ya no volverán nunca más.

El bulto se acercó remiso, desconfiado, arrastrándose por el suelo. Alargó recelante el brazo, con los dedos engarzados, transidos de dolor. Fabián le pasó el cigarro ya encendido. El hombre se lo llevó a la boca con lentitud, sujetándose la temblorosa mano con la otra, como si cada uno de sus movimientos fuese un suplicio.

Aspiró profundamente una bocanada que le hizo toser seca saliva. Se recostó sobre la pared al lado de Fabián, separados solo por los barrotes.

-Y contaba unos chistes, ¿sabes? Aún me acuerdo de alguna de sus bestialidades.. A ver, cómo era uno de una suegra... ¡Bah! Nunca he tenido ninguna gracia ni memoria para contar un mal chiste. ¡Y sobre todo se marcaba unas jotas ... !Recuerdo una, que hablaba sobre la Pilarica, que no quería ser facciosa porque quería ser libre o algo así. ¿La recuerdas? ¡Venga, hombre! Si la tienes que recordar...

El hombre seguía fumando lentamente, en silencio, aparentemente ajeno a las confidencias de Fabián, deleitándose con el que quizás fuese el último pito de su perra vida.

-Una noche llovía a mares, parecía que el cielo se hu-

biese abierto y estuviese descargando todos sus caudales de agua sobre nosotros. Me recuerda esta puta noche... Sí, era muy parecida ¡Qué casualidad! Pues como te decía: salí de patrulla, con el sargento Pinto y dos más, uno de ellos un teniente falangista ingeniero. Íbamos a montar una línea de teléfono cerca de vuestra posición. El teniente se había empeñado en salir a pesar de que no se veía más allá de un palmo de nuestras propias narices, pero nos intentaba convencer diciendo que erais unos cobardes relamidos, que mucho presumiais de obreros y hombres duros, pero a la hora de la verdad y más con ese aguacero os quedaríais en vuestras tiendas o como otros muchos que se habrían ido corriendo a dormir a sus casas de Madrid o de los pueblos de alrededor. Íbamos calados hasta los huesos, medio arrastrándonos entre las zarzas y las breñas, escurriéndonos por los canchales y las lajas. Lleváramos poco menos de una hora, con el agua saliéndonos por las orejas como cataratas cuando llegamos a lo que creíamos que era nuestro destino. Sin embargo, cuál no sería nuestra sorpresa cuando nos topamos con una patrulla vuestra que nos dio el alto y nos pidió el santo y seña. Nos intentamos poner a cubierto. Un estampido nos sorprendió en nuestra retirada y una lluvia de metralla acompañó a la de agua que nos estaba ahogando. Yo me puse a cubierto sin mirar donde caía, aterrizando en una pequeña hondonada. Me resguardé con hojas, matorrales, con todo aquello que pude agarrar en mi precipitación. Mis manos tocaron con una cartuchera y con un cuerpo inerte, con la ropa empapada, pero del que salían regueros de sangre caliente como si de diminutas fuentes se tratara. Me acerqué lo máximo que pude al rostro del caído y distinguí los cristales rotos de las gafas del teniente, incrustados sobre su cara. Utilicé como pude su cuerpo de parapeto. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero el tiempo discurría lento como

si estuviese paralizado, mientras mis miembros iban entumeciéndose más y más. El sueño me vencía y pensaba que si me descubrían sería el fin: o ser cogido prisionero y correr el riesgo de ir a una cárcel regentada por alguna checa o ser fusilado sin ningún miramiento. Si me intentaban coger, vendería cara mi vida, moriría como un hombre, no como una alimaña. Supongo que me amodorré, pues me sobresaltó el ruido de unos pasos cerca. No veía absolutamente nada. Había dejado de llover. Oí las voces de unos milicianos que buscaban supervivientes de nuestra patrulla o en su defecto sus cadáveres. Intenté no moverme, pero me encontré con un brazo dormido y el otro casi inutilizado por el cuerpo del teniente. Sentí un sordo crujido de hierba muy cercano, amortiguado por el acolchado del agua caída y el barro. Contuve la respiración, pero aquella no era mi noche, pues involuntariamente moví el brazo adormilado. Sin tiempo para reaccionar, me encontré con que el cuerpo del teniente que me servía de trinchera desaparecía y un brazo poderoso me daba la vuelta y me apuntaba con su fusil. Yo lo único que hice fue poner las manos delante de la cara. Fue un segundo eterno... Aquel disparo me destrozaría el rostro o las entrañas, me desfiguraría por completo... Pero a aquel segundo le siguió otro y otro. El miliciano seguía apuntando, pero parecía tener un ademán más relajado, sereno. A lo lejos se oyeron las voces de sus compañeros: «¡Tinón! ¿Has encontrado alguno vivo? ¡Tinón!». Aquel soldado no respondió. Siguió apuntando. Después de un minuto y ante el apremio de sus compañeros, respondió: «Están muertos todos. Paquito ha tenido buena puntería.» Y luego dijo algo que parecía ir dirigido hacia mí más que a sus compañeros... O estaba hablando consigo mismo, no sé. «Esta no es una manera digna de morir, carajo.» Sin bajar el fusil se fue caminando lentamente de espaldas. Tras gritar un «¡ya voy!» desapareció entre el follaje.

Fabián calló unos segundos. Miró a su silencioso interlocutor escudriñando su rostro, intentando descubrir alguna señal que le aclarase su incertidumbre. No vio nada. Aquel hombre seguía adosado a la penumbra, sin inmutarse.

-Esperé un largo rato hasta que no oí nada. La luna apuntó su claridad entre las cárdenas nubes. Con cuidado me asomé de mi escondrijo como una bestezuela asustada e intenté ver cuál era mi posición. Aquel desgraciado teniente nos había llevado hasta las mismas líneas enemigas, en lugar de dar un rodeo habíamos desembocado casi en vuestra primera línea. Con cuidado me orienté y no sé cómo, pero conseguí llegar hasta nuestra posición. Conté a mis superiores todo lo que había ocurrido, menos, claro, el episodio con aquel miliciano. A los pocos días en un ataque vuestro recibí la herida en el brazo y pasé unos dos meses en el hospital. Nunca supe nada más de aquel Tinón, de aquel miliciano que me tuvo durante unos eternos segundos en su punto de mira.

Fabián guardó silencio. Miró al preso. Se sintió aliviado. Hacía muchos años de aquella historia, pero seguía viva en su memoria. Quizás le escocía por ser una vieja deuda que aún no había saldado y aunque quizás nunca consiguiese pagarla del todo, el sincerarse con alguien lo reconfortaba. Y en cierta forma había mitigado su deseo por conocer si ese preso era aquel mismo Tinón de la guerra. No importaba. Solo importaba lo que fue en su momento y de que él ahora estaba frente a un preso con el mismo nombre. Si era él ya no importaba.

-¿Si consiguiese recordar aquella maldita jota? Empieza uno a ser viejo... ¿Sabes? Yo también pienso como aquel Tinón, nadie debe de morir de una forma así...

Esgrimió el manojito de llaves y tanteó cuál era la que encajaba en la cerradura. El resbalón se corrió con un leve chirrido. Se arrodilló y sacó de una tobillera un pequeño re-

vólver.

-Ahí te dejo eso, Tinón. Supongo que nos veremos en el infierno y nos fumaremos un pito recordando aquellos días.

Sin dar la espalda se dirigió lentamente hacia las escaleras. Cuando se volvió, una voz dolorida pero firme, sin vacilación alguna, comenzó a entonar una canción que removió las entrañas de Fabián con una sensación de satisfacción absoluta.

*La Pilarica, rabiosa
está por ser libertada,
pues no quiere ser facciosa
por no estar esclavizada.*

Según subía las escaleras, la voz se grababa a fuego en su memoria y el recuerdo de aquellos días pasados le reconfortaba. Atravesó la sala principal, dejando las llaves sobre la mesa de Romero, del que se despidió sin apenas mirarlo. Salía por la puerta, cuando tropezó en la entrada con Cofrán y su lacayo. Entraban furibundos, atropellando todo lo que se ponía a su paso. Un relámpago restalló en la leve pero intensa mirada entre los dos inspectores; pero Cofrán tenía otros asuntos más urgentes que resolver.

Fabián se paró y vio cómo se dirigían hacia los calabozos. Saludó al guardia de la puerta. Se subió el cuello de la gabardina. Había dejado de llover. La luna reflejaba regueros de plata en las aceras. Sonaron confundidos, opacos, disparos, gritos, alarmas, llamadas al alto, mesas, muebles cayendo.

Fabián metió las manos en los bolsillos de la gabardina y se alejó calle abajo.

Después de tanto tiempo, aquella noche hablaría quizás por primera vez con Luisa.

ANTONIO J. L. CONTRERAS LERÍN

VERANO

*Desea de la noche su frescor,
y mejor si se airea de jazmines.
Pesará su ardor como una losa,
cuando el sol levante su andadura;
y un gorrión le dará su compañía,
le contará historias de otros sitios,
le llevará perfumes de jazmines,
y le hablará de frescores y alegrías.*

El verano en Toledo es eso: calor, altas temperaturas, cielos claros, alguna que otra sorpresiva tormenta, los árboles de acera con alguna ligera sombra de sequía, los estudiantes sin clases, y más y más cosas, y sobre todo: muchos desplazamientos. Es tiempo de vacar, de suspender de una u otra manera nuestro cotidiano existir y hacer, y ponernos a realizar algo distinto o al menos, como ya se ha nombrado, dejar de hacer lo acostumbrado.

El verano es a modo de un punto y aparte. Tiempo de ilusiones, más o menos reales, pero que en la mayoría de los casos continúan siendo ilusiones; trazos de novedades, y tiempo de adentrarnos en algo nuevo, aunque esta novedad tenga unos antecedentes de repetición anual, consabida y recordada. Pero lo sugestivo es el cambio, la mutación, no tan novedosa en la mayoría de los casos. En fin, deseamos ser noveles, aunque lo nuevo, casi siempre y a uno mismo, asuste. Es otra nota de la contradicción humana. Es posible que

con todo el muestrario diario de actuaciones contradictorias, se alcance el deseado equilibrio, que viene a ser como encontrar el contrapeso o la deseada y muy desconocida, en estos tiempos, armonía.

Además del calor en Toledo, el verano, hoy, es tiempo de pausa, de búsqueda, de aspiraciones no pensadas en otras épocas del año. Hasta hace pocas décadas, y sobre todo en las zonas rurales, el verano, con sus días de luz largos y porque así lo determina la naturaleza, era tiempo de máximo trabajo, de mayor tarea, de mayor número de horas dedicadas a la recogida de los frutos. Era tiempo de labor y de acopio, donde los aires tenían tintes serranos o del llano, que no tenían ni tienen nada que ver con las brisas marinas en las que, por cierto, se pensaba poco, entre otras razones porque no se conocían.

Caravana de vehículos. Los ocupantes de cada automóvil desconocen a los ocupantes de los contiguos. Nadie se conoce, aunque todos llevan o hacen la misma ruta. A esas velocidades no corresponde tiempo de presentaciones. Y si la caravana se detiene, tampoco; pues el carácter y estado de ánimo no está en esos momentos para formular relaciones interpersonales ni conocimientos de otras personas.

Huimos del calor y aposentamos nuestros cuerpos, en la mayoría de los casos, en recintos soleados, muy soleados, generalmente abarrotados de congéneres, que siguen siendo tan desconocidos como los de las caravanas en las carreteras. Así se van realizando o incumpliendo nuestras ilusiones, esto depende de las circunstancias ocurridas y, como siempre y además, de cada uno de nosotros, de nuestro carácter y, en resumen, de nuestra filosofía de «ver» y «llevar» la vida.

Mas todo principio conlleva un final, y toda actividad, así como la naturaleza, se asemejan a una rueda. Todo, de

forma más o menos parecida, se repite. Hay pocas reacciones humanas novedosas. La naturaleza se muestra más variada en ocasiones, aunque, al final, sus actuaciones también se calcan y cumplen su misión. Y con todo esto, el veraneante, que emigró temporalmente, suele retornar. Y vuelve y se encuentra, muy posiblemente, con temperaturas algo más bajas; pero, casi siempre, con el mismo escenario que dejó antes de iniciar su deseado viaje hacia un ilusionado y esperanzador paraíso.

Y llegará el otoño, pero esto es asunto de otro acto, otro acto repetitivo.





JUAN CARPA

Te corre por las venas tanta horchata
que sin dudar tu corazón es chufa;
permite que te arrime aquesta estufa
para descongelarte un poco, chata.

Mira qué atrocidad, qué mala pata,
que cuando más el fuego a mí me bufa,
me abandona el amor de mi pitufa,
helada cual hocico de una rata.

No sé si te veré otra vez ardiente,
como en aquel verano en las Bahamas
cuando, ¡pobre infeliz!, yo te hiqué el diente

y me quemé las fauces con tus llamas,
mientras tú me mirabas sonriente
quitando a las sardinas las escamas.

Tienes los ojos llenos de legañas
al despertarte todas las mañanas;
lo veo mientras abro las ventanas
y mueves, poco a poco, las pestañas.

Por más que te los tapes, no me engañas,
que ya te llevo viendo hace semanas
y observo que tus ojos engalanas
cubriéndolos de hermosas telarañas.

Por eso, al percibir que te despiertas,
preparo una infusión de manzanilla,
pues siempre han dicho las voces expertas

que este remedio es una maravilla,
que hace tener las pestañas abiertas
si se limpian los ojos con su agüilla.

ZAIDA SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Me miras a través de tus sonetos,
me besas con tus versos sin quererlo;
los siento y te deseo por hacerlo,
me tocas y me quemas en quintetos.

Desgarran mis entrañas tus cuartetos,
deseo, amor, pasión y no creerlo,
tres veces, tres palabras y no verlo,
tres veces me recogen tus tercetos.

Y me amas en tu rima encadenada
si callo y silenciosamente espero
poder ser en tu estrofa todo o nada.

Olvidarme en tus letras donde muero,
vivir entre tus sílabas mezclada
y así verme deshecha en un te quiero.

JESÚS PINO*La dignidad del culo*

La lógica en la polla del estilo.
Puto mercado. Oferta con demanda.
El pubis de la ley gasta bufanda.
La madre del cordero es el sigilo.

Un poco de betún, semen del quilo,
suaviza los cojones del que manda.
Bajo la cuerda de esta zarabanda
danza el glorioso maletín tranquilo.

Y usted y yo en medio del camelo
jugando a ser honestos ciudadanos.
Usted y yo, cabrones del impuesto.

Aquí nos dan por culo a contrapelo.
Y encima nos reímos como enanos.
Usted y yo y el culidigno resto.

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

Al pie de la letra

(Microrrelatos de amor apasionado e instantáneo, aliñados con un chorrillo de Sade y unas gotitas de delirio surrealista)

1. Sorbido el seso

Eli le tenía sorbido el seso a Mateo. Por eso, cuando ella terminó de beberse, sorbo a sorbo, con una pajita para refresco de tenues rayas verdes y blancas, el vaso de cola con cuatro hielos («pónmelo bien fresquito, amor», solía decirle a Mateo), miró picaramente a su rendido enamorado, que hojeaba aburrido un periódico deportivo, y se dirigió hacia él, moviendo las caderas con un vaivén de locura, como si en vez de tres metros tuviera que recorrer tres kilómetros y fuera a ser mirada por un ejército completo. En la boca, moviéndola con los labios sensualmente, la pajita del refresco, que cogió luego entre dos dedos, como si fuera un cigarrillo. Cuando estuvo junto a Mateo, Eli acercó a la cabeza de éste la pajita, suavemente oprimida por los dedos pulgar e índice de la mano izquierda, y la introdujo en el cuero cabelludo, con facilidad, como si la hundiera en una tarrina de margarina ligera, de esas que sirven para guardar la línea y se untan fácilmente en el pan de molde. Después, con voluptuosidad, entrecerrando los ojos, Eli sorbió a través de la pajita verdiblanca y notó el sabor deseado, mezclado con unas go-

tas de cocacola que aún quedaban en ella. «Me tienes sorbido el seso, cariño», dijo Mateo sin dejar de mirar los resultados deportivos. «Lo sé, mi amor, y me gusta tanto que así sea...», respondió Eli separando por un momento sus labios bellísimos de la pajita de refresco.

2. Cuando callas

«Me gustas cuando callas porque estás como ausente...» a Juan Luis le encantaba ese verso de Neruda, y lo repetía mentalmente cada vez que le venía a la memoria, como si fuera un conjuro. Veía a Beatriz, y el verso se le avecinaba en los labios, consistente, como si tuviera una forma física y fuera capaz de salir, en palabras visibles, de su boca. Entonces se le ocurrió lo de la habitación contigua a la sala, lo de su acondicionamiento. Vacío la estancia de todo el mobiliario que tenía, pero dejó en el centro un sillón de orejas, de aspecto muy cómodo, que miraba hacia la pared tras la que se encontraba la sala. No se le daba nada bien la albañilería, pero con paciencia fue capaz de abrir un boquete en esa pared, lo suficientemente grande como para instalar en él un cristal de medianas dimensiones que hiciera visible la habitación nueva desde la sala de estar. Juan Luis miró su obra terminada, y no le pareció mal; incluso le quedaron bien los más mínimos remates. «Me gustas cuando callas porque estás como ausente ...» repetía su boca silenciosa, allá dentro, donde el cerebro almacena los más íntimos e inconfesables pensamientos. Entonces, como si hubiera sido convocada por unas palabras mágicas, Beatriz entró en la casa haciendo sonar las llaves al sacarlas de la cerradura que acababa de abrir. Juan Luis la recibió muy contento y, mientras ella le contaba con todo detalle lo que había hecho aquel día, la condujo a la remodelada estancia, donde la invi-

tó a sentarse en el sillón de orejas, frente al cristal que mostraba la sala. Beatriz parecía no prestar atención a las acciones de Juan Luis, quien, con el fondo continuo de la voz de aquélla, seguía desarrollando su plan: primero pasó una cuerda alrededor del cuerpo de la mujer y, con un nudo sólido, la dejó sujeta al sofá; luego colocó cuidadosamente una mordaza en la boca de Beatriz, cortando de golpe el fluir incesante de sus palabras; por último, cuando hubo acabado, salió de la estancia y fue a la salita. Desde allí contempló su obra a través del cristal, los ojos extraños de ella mirando fijamente hacia donde él estaba. Juan Luis sonrió en medio del silencio, sin quitar la vista de Beatriz, que seguía allí, al otro lado del cristal, callada, ausente, encantadora.

3. *Sin ti*

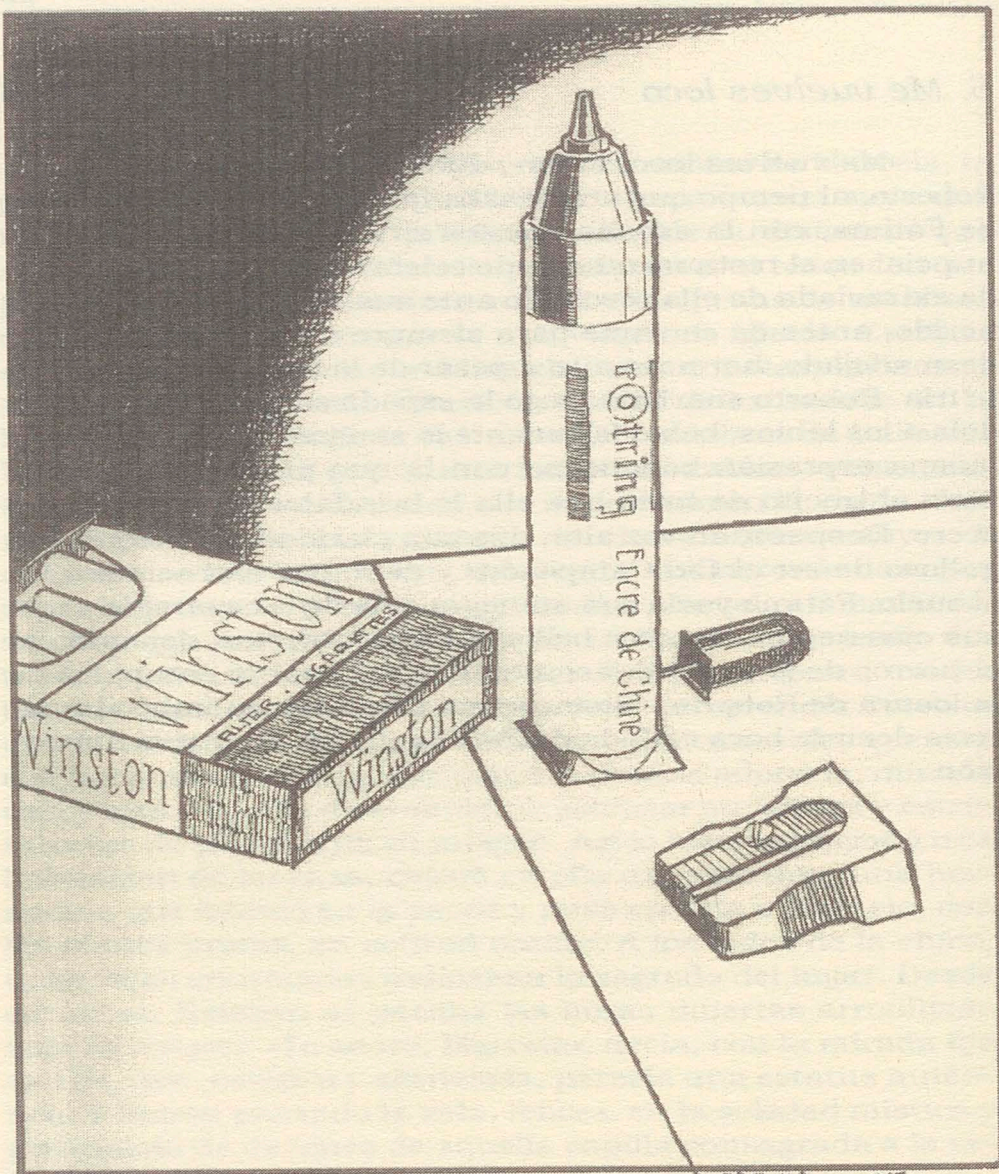
Inma se acercó a Gabriel cuando lo vio de pie, parado ante la ventana, con la mirada paseando por el exterior, y, pegándose mucho a él, le susurró al oído unas palabras cálidas, acompañadas por el sensual movimiento de sus labios rozándole la oreja: «No puedo vivir sin ti». Gabriel sintió un estremecimiento, y sintió, también, las formas turgentes de Inma pegadas a su cuerpo, proclamando cada una de ellas el nacimiento abrupto del deseo: los pechos oprimían su brazo, blandamente, los muslos se dibujaban en los suyos, carnales y lúbricos. Gabriel sintió, igualmente, el acero frío del cuchillo afilado que entraba en su cuerpo, y tuvo tiempo de ver cómo la hoja ensangrentada, movida ágilmente por Inma, penetraba luego en el cuerpo de ella, con la misma suavidad que lo había hecho en el suyo. Las miradas de los dos, cristalinas, se cruzaron un instante antes de oscurecerse por completo.

4. *Te adoro*

A Esteban le obsesionaba el gesto sereno de Marcela, la plenitud de su cuerpo virginal, intacto; esa pureza suya que tanto le gustaba a ella proclamar. Desde la distancia que imponía su doncellez, Marcela parecía mirar a todos con superioridad, como si estuviera subida en la peana de un altar, como la estatua policroma de una virgen de iglesia. Esteban se desvivía por mirar a Marcela, por contemplarla con arrobamiento, sin más intención que la de extasiarse en la belleza sin mancilla de la chica, con las palabras de Calisto a Melibea rebotando por el interior de su cabeza, como una letanía: «los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo». Y entonces se sentía de trazo, debilitado, desmoronándose por dentro, ajeno a sí mismo, imaginando a Marcela en medio del camino, con la mano extendida hacia él como queriendo detenerle, y diciendo con voz mística: «Noli me tangere», «no me toques», igual que Cristo tras resucitar. Comprendía Esteban que la mujer que le encandilaba era inalcanzable, que con ella la carne no existía, que sólo era posible adorarla, mirarla una y otra vez, con detenimiento, escrutar su belleza y estremerse de placer ante su imagen. Así lo hizo: seleccionó una habitación de su casa, colocó en ella un altar ante una hornacina que fabricó en la pared y puso en ésta a Marcela, con las manos juntas, en actitud orante. A los lados de la chica, unas velas encendidas indicaban lo sagrado del lugar. Desde entonces, Esteban se pasaba las horas muertas arrodillado ante la imagen: «Te adoro, Marcela», decía, con la mirada fija en ella, que, estática y silenciosa, parecía una estatua auténtica. Y fueron pasando la vida, felices, en la soledad mística y perfumada de incienso de aquella capilla consagrada a la veneración de la virginal Marcela.

5. *Me vuelves loco*

«Me vuelves loco, amor», dijo con un arrebató ardiente Roberto, al tiempo que atravesaba fatalmente el frágil cuerpo de Fátima, con la espada que les sirvió para cortar la tarta nupcial en el restaurante donde celebraron su boda: la mirada extraviada de ella revoloteó ante sus ojos, como un pájaro herido, antes de cerrarse para siempre en su cuerpo inerte, desmadejado, hermoso aún a pesar de la fealdad de la muerte fría. Roberto enarboló luego la espada sangrante y, llevándola a los labios, bebió felizmente la sangre de Fátima, con la misma expresión bobalicona con la que probó el día de su boda el trocito de tarta que ella le brindaba en la punta del acero. Después, en voz alta, dijo con claridad: «Me siento orgulloso de ser el Cid Campeador y de matar sarracinos». En el suelo, Fátima yacía con su negra cabellera esparcida y con sus ojos negros de mora bellísima muy abiertos, dejando ver el horror de la muerte, asombrados aún por la estupidez de la locura de Roberto: «Siempre me pareciste un imbécil», parecía decir la boca callada de Fátima, desde su nueva dimensión.



JESÚS PINO

Al tran tran del amor y la muerte

La ninfa María de las Virtudes Góndola Veracruz tiene los ojos del color de las uvas de gato, el cabello ondulado como las interioridades físicas de la luz y las manos hábiles y laboriosas como las nutrias de los ríos irascibles; la ninfa Catalina Búrbuja Selime tiene los ojos del color de los albaricoques, el cabello liso y entreverado como las lavas de un volcán y el olfato fino y especializado como las abejas de los campos de Aquitania; el sátiro Jesús Joaquín Adobe Pulio tiene los ojos del color de las ciruelas, el cabello corto y aterciopelado y la panza redonda como los zascandiles que babosean por todos los rincones de la Tierra. Las dos ninfas y el sátiro forman un trío de hecho, un amoroso, geométrico y ribereño triángulo sentimental. D. Veridiano Granojo Espita es padre de tres hijas cojas: Esperancita, Amelita y Manolita. Las tres desequilibradas del pie izquierdo y da mucha risa verlas pasear cojitas del bracete. Esperancita tuvo un novio bombero y calvo que se le murió de un desprendimiento de cornisa, por desprevenido y porque la ley de la gravedad no se aviene a razones ni a compadreo ni a cambios de última hora. El novio difunto de Esperancita Granojo se llamó Aquilino Neurón. Valeriano Primor fue novio de Amelita y también farmacéutico y asmático. Valeriano Primor no supo, no pudo o no le dio la gana de desbloquear sus labios de los labios de Amelita y finó por asfixia, en sus brazos y en el seno

de un atardecer voluptuoso de abril. El novio de Manolita Granojo, Arsenio Vinéz, descansó para siempre jamás de un ataque cardíaco, dejando plaza libre en la administración y lugar para otro zangolotino en el mundo. Las tres hijas cojas de D. Valeriano quedaron solteras y se morirán solteras. El pastor de ovejas churras, Cédulo Comarón, alias Bú, gasta garrota de pino para apoyo de sus manos y tabaco de picadura para las horas de serena y solitaria andanza y contemplación del mudo paisaje. El pastor de ovejas merinas, Celestino Miralles, alias nanaina, gasta garrote de álamo para crucifixión de sus brazos y tabaco rubio de filtro para la paciente y aleccionadora caminata y reflexión sobre las horas muertas del día. La pastora de ovejas manchegas, Luisa Lineal, alias garrafón, gasta sarmiento seco de vid para los espantamientos de moscardas y chicle de menta para la insalivación en las humildes y primitivas solaneras del estío, sitas en los escabrosos cerros. La ninfa María de las Virtudes Góndola Veracruz ovilla los hilos de las telas de araña y teje con ellos delicados encajes y piezas de ajuar para las hijas cojas de D. Veridiano Granojo. La ninfa Catalina Búrbuja Selime recoge las múltiples y cromáticas florecillas silvestres y las encadena con alambrillos de oro, confeccionando primorosas coronas y diademas mortuorias para las hijas cojas de D. Veridiano Granojo. El sátiro Jesús Joaquín Adobe Pulido como es un haragán se pasa el día tumbado en la hierba, fumando habanos y bebiendo áspero y corpachón vino de sobremadre. La hija mayor de D. Veridiano, Esperancita, a fuerza de paciente observación y meticoloso estudio, sabe de insectos la mar, una barbaridad. Durante el verano, entregada a su minuciosa tarea contemplativa de moscas, avispa y hormigas, se le escurren las horas de los días y de las noches, hasta irritar, a veces, no siempre, a D. Veridiano, su padre:

-Esperancita, ¿se puede saber a qué esperas para venir

a sentarte a la mesa?

- Un momento, padre, que estoy observando un pterigógeno hemimetábolo odonato y anisóptero.

-¿El qué?!

-Una libélula, coño.

Amelita, la segunda hija de D. Veridiano, escribe horóscopos para la revista quincenal «La llave del infierno». No le pagan mucho, dicha sea la verdad, pero la mantiene atareada y entretenida. Los domingos por la tarde se encierra en su cuarto y va escribiendo, con bellísima caligrafía, junto a los sectores del círculo zodiacal, cuatro o cinco líneas que sintetizan las corrientes afectivas, sociológicas y domésticas de cada grupo humano contenido en la franja temporal pertinente.

-Amelita, no te retrases que ya va siendo hora de cenar.

-No, padre. Ya me queda poco.

-¿Qué me dice esta vez mi horóscopo?

-Taurus: los nacidos bajo este signo se encontrarán abocados a servir a sus pasiones más bajas y groseras. Habrán de cuidar la fuerza de sus instintos asesinos y no dejarse llevar por los vendavales de su imaginación. Salud, buena. Dinero, aceptable.

-¡Caray, hija!

La hija menor de D. Veridiano Granojo, Manuelita, es terca como una mula falsa y lleva más de cinco años tratando de entender «La Crítica de la Razón pura» de D. Immanuel Kant. Prácticamente se lo sabe de memoria y repite fragmentos de carrerilla. Pero entender, no entiende nada de nada.

-¿Y por qué no lo dejas ya, hija?

-Porque no, padre. Que cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza no paro hasta entenderla.

-Bueno, yo sólo lo decía por ayudar...

El pastor de ovejas churras, Cédulo Comarón, alias Bú, abre el portón del corral casi al mismo tiempo que el horizonte abre la gatera del sol, y encamina, envuelto por la nebulosa de polvo del rebaño, sus pasos hacia el norte. El pastor de ovejas churras, Cédulo Comarón, atranca bien la puerta y extrae la petaca de cuero, vierte un amasijo de hilachas de tabaco en la palma de su mano derecha, ensurca el papel con el dedo índice de su mano izquierda y lo rellena con el montoncillo de picadura, enrolla el conjunto, pega un lame-tón de cierre y enciende el primer cigarrillo de la mañana, expeliendo una humilde y misteriosa oración de humo que se expande y difumina en el corazón recién nacido del día. El pastor de ovejas merinas, Celestino Miralles, alias Nanaina, desagua el aprisco casi al mismo tiempo que el horizonte desagua las primeras claridades de la aurora y, encamina, tras el olor agrihúmedo del rebaño, sus pasos hacia el sur. El pastor de ovejas merinas, Celestino Miralles, tras echar el cerrojo, extrae de la zamarra un paquete de cigarrillos de tabaco rubio. Con la uña del dedo corazón de su mano izquierda despegua la diadema adhesiva de papel celo y con la uña del dedo meñique de la misma mano desgarrar el papel aluminado del lado derecho del paquete, luego le golpea contra el dorso de su mano izquierda y espera el surgimiento de una gavillita de cigarros. Enciende y aspira el humo primerizo como el mundo aspira las primeras luces del alba recién inaugurado. La pastora de ovejas manchegas, Luisa Lineal, vulgo garrafón, separa las dos hojas del portalón de la portada casi al mismo tiempo que el horizonte separa el aire en dos luminosidades y, encamina, siguiendo el rastro cagarrutil del rebaño, sus pasos hacia el oeste. La pastora de ovejas manchegas, Luisa Lineal, tras juntar las hojas del portalón y cerrar el candado, saca del zurrón la cantimplora y sin liturgia ni estilo ni zarandajas cortesés se arrea un buchezón de

orujo que le arrastra, hasta los abismos del estómago, toda acumulación de orgánica e inorgánica materia sólida, líquida o gaseosa presente en su aparato digestivo. Cuando la pastora, Luisa Lineal, devuelve al zurrón lo que del zurrón extrajo, las cosas de la tierra van surgiendo de la magia del aguardiente solar. Desde la curva del río, donde conviven en triduo nupcial las dos ninfas y el sátiro, hasta las primeras casas del pueblo, se estiran de dos a tres kilómetros en pendiente de camino estrecho y ensurcado. La ninfa María de las Virtudes Gondola Veracruz, va y viene el trayecto según y cómo. Si hace sol, pasito a paso; si llueve, por las antiguas galerías mineras; si hace viento, a lomos de cualquier pajarillo que no tenga otra cosa más importante que hacer. Los días en que la lluvia y el viento se juntan en el aire, la ninfa no sale del río y se queda entre las aguas terminando algún respunte o una vuelta de bolillos. La ninfa Catalina Búrbuja Selime, va y viene o viceversa, cómo y según. Rodando dentro de un hueso de melocotón, si de madrugada; planeando sobre una hoja de roble, si de mediodía; resbalando de chupamiel a chupamiel, si de atardecida. Otras veces, la ninfa Catalina Búrbuja Selime, siente una profunda melancolía y se queda sumergida en el agua, sobre el limo, mirando como cruzan sobre ella los pececillos, los despojos de las huertas y los nombres de los ahogados. El sátiro Jesús Joaquín Adobe Pulio como es vago y perezoso ni sabe que hay un camino en pendiente para subir o bajar al, del, pueblo. Aquilino Neurón, el difunto novio de Esperancita Granojos, desde la diáfana e infinita llanura de la eternidad, y muy delicadamente, le hace llegar mensajes de amor en forma de rarísimos ejemplares de insectos: mariposas de las selvas ecuatorianas, polillas del Pakistán, abejas del Camerún y otros que deja, con sigilo, en la mesilla de noche, junto al despertador. Esperancita sabe de quién son los regalos y en agradecimiento le reza a Nues-

tro Señor un padrenuestro por Aquilino, pues nunca se sabe que incendiarios pensamientos o qué fogosos deseos pudieron haber ensuciado el alma de su malogrado bombero. El difunto novio de Amelita Granojos, Valeriano Primor, desde el inacabable remanso del más allá, le envía cripticos e iluminados avisos del futuro. Cuando Amelita, las tardes de los domingos, se introduce en los laberintos posibilistas de los sectores zodiacales, sabe que las manchas de vaho en los cristales de la ventana no son circunstancias climatológicas. Y mientras copia las venideras certezas escritas con letra cursiva y clara en las humedades apaginadas del vidrio, sonríe y suspira y siente el corazón empapado de una consoladora y amelocotonada melancolía. Arsenio Vinéz, el difunto novio de Manolita Granojos, desde las ilimitadas y transparentes vacuosidades del otro lado de la vida, con tristeza y pesar, le comunica desalentadoras noticias sobre D. Immanuel Kant, del que nadie, allá, sabe darle pistas de su paradero. Y así, cuando Manolita se adentra en algún farragoso fragmento de la Crítica de la Razón Pura y pone los ojos en blanco, solicitando ayuda a las sobrenaturales luces, un silencio, del color de las ciruelas, le inunda la cavidad craneal, cegándola cualquier camino de aliviador entendimiento. El pastor de ovejas churras, Cédulo Comarón, al llegar, arrastrado por la estela de polvo del rebaño, a los verdes y alimenticios pastos del norte, toma asiento en el suelo, al pie de una encina, y mientras lía el segundo cigarrillo, vigila la dispersión controlada de las ovejas y contempla la extensión de los campos iluminados por las novicias luces del postamanecer. Cédulo Comarón tiene el alma de un niño, el alma de un niño grande, con barba dura, el alma de un niño con el rostro zurcido por el aire de las diferentes estaciones. Cédulo Comarón tiene el alma de un niño del paraíso terrenal. Mientras fuma, Cédulo Comarón, el pastor de ovejas churras, deja que su alma se

expanda con el humo sobre la verdifresca hierba, sobre la polvorienta encina, sobre el rebaño monótono y cercano, hasta sentirse ancho, largo, hondo e infinito. Celestino Miralles, el pastor de ovejas merinas, al llegar al chozo del sur, ebrio de olor agrilantar, da la espalda al viento y enciende el segundo cigarrillo del día, luego se acerca al borde de la barranca y mira, atentamente, la sierpe de agua que, al fondo, se desliza entre las junqueras. Celestino Miralles tiene los ojos pequeños y la visión larga y aguda, Celestino Miralles tiene visión de alcotán cazador, Celestino Miralles tiene visión de perrillo del desierto, Celestino Miralles tiene visión de animal encelado y al acecho. Mientras expele círculos concéntricos de humo, Celestino Miralles, el pastor de ovejas merinas y visión telescópica, sus ojillos van despenumbando al mundo, multiplicando sus aderezos de retamas, lagartos y conejos, como si su mirada fuera adelantado de la luz que crece, lentamente, la mañana. Cuando Luisa Lineal, la pastora de ovejas manchegas, llegó a la meseta del oeste siguiendo el rosario de bolitas negras que estelaba el rebaño, sacó del morral la cantimplora y se empanzó el segundo trago de orujo del día. Luego se acuclilló detrás de una carrasca y meó, larga y rumorosamente, al tiempo que contemplaba la solitaria placidez del inmóvil paisaje. Luisa Lineal tiene el corazón tan duro como las piedras de afilar, como la piel de los rinocerontes, como la vanidad de los cementerios. El corazón de Luisa Lineal raya como un diamante sobre la vida; por eso, mientras mea, la pastora de ovejas manchegas y corazón de cemento, mantiene la vista fija en el horizonte y los cerros se aplanan, se deshacen y se allanan, demoliéndose como las penumbras de las alamedas por donde el sol empieza a entrar, fluida y finamente, con suavidad y afrutamiento.

LOLA LÓPEZ DÍAZ

Ecce filius tuus

Por primera vez en muchos años, María llamó a su secretaria para decirle que estaba mala, que no podía ir. A las siete y media de la mañana, cuando estaban terminando de desayunar, había aparecido su hijo Juan en casa con un chico al que no habían visto nunca, y se lo había presentado como su novio. Así, sin más. Con una frialdad pasmosa, les había dicho que era homosexual, que llevaban saliendo casi dos años y que había decidido decírselo a una hora tan inoportuna porque era el único momento del día en que los cogía a todos en casa. También les había dicho que estaba harto de ocultarlo, que no podía más. Luego, sin darles tiempo a reaccionar, se había ido. Pepe había vomitado el café con leche y a ella le había entrado una tiritona que le costó Dios y ayuda controlar. La única que se había quedado tan fresca era Magda, la muchacha, que encima se extrañó de que no se hubieran dado cuenta. Pero ¿cómo se iban ellos a dar cuenta? ¡un chico tan listo! Vestía un poco raro y le gustaba cocinar y la decoración, pero eso no quería decir nada. Nada de nada. ¿Cómo podía imaginarse ella una cosa así? No se le había pasado por la cabeza. Jamás. Nunca. Era lo último que hubiera pensado de un hijo suyo. Un hijo suyo. Desviado de ese modo. Era inconcebible. Incomprensible. Inadmisible. Se negaba. Se negaba a aceptarlo. Se negaba. Eso

eran cosas que pasaban en familias de otro tipo. A gente de otro tipo. Y, seguramente, la culpa era de ella. En lo de la homosexualidad siempre andaba la madre por medio, era cosa sabida. Y ella no había sido una buena madre. No señor. No se podía estar hasta las tantas en el Banco y los niños en casa. Se habían criado entre guarderías y muchachas. Si hubiera hecho una oposición como quería su padre, hubiera tenido más tiempo para sus hijos. Pero como salió colocada de la Facultad... En cambio, Pepe... También eran hijos suyos. Podía haberles hecho más caso. Tratarlos de otra forma. Y no haber machacado tanto a Juan. Que lo había machacado desde niño. Lo mismo el chico rechazaba la imagen de su padre y se identificaba con ella... O quizá Juan era así por nada, porque sí. ¡Qué sensación tan terrible! De frustración absoluta. De fracaso total. De despropósito. De tristeza irremediable. Una mujer tan inteligente, tan segura, tan fuerte, tan eficiente y vivir 21 años con una persona ¡su hijo! sin darse cuenta de que era homosexual. Qué poca intuición. Qué falta de perspicacia. ¿O de interés? ¿Se había ocupado de verdad de Juan o se había limitado a presumir de lo brillante que era, de lo bien que llevaba la carrera, de los idiomas que hablaba, de cómo cocinaba... ? En cualquier caso tenía mucha culpa. Ella tenía mucha culpa. Si hubiera estado más pendiente de él y lo hubieran cogido a tiempo, la cosa quizá hubiera tenido remedio.

Pepe se había pasado mucho rato encerrado en el cuarto de baño, luego había salido y había dicho que Juan se había muerto, que no quería saber nada de él, que no quería verlo nunca más. Y se había ido dando un portazo. ¡Pues ya podía empezar a buscarse piso porque Juan de casa no se iba! No mientras ella viviera. Si Pepe no quería verlo, allá él. Pero su hijo no se movía de casa. Bajo ningún concepto. Estaba muy equivocado Pepe si pensaba que ella iba a consen-

tir que lo echara, que lo despreciara, que le hiciera sufrir... ¿Cómo había podido enamorarse de un hombre así? ¿Cómo le había aguantado tanto tiempo? Nunca se había preocupado de ella. Nunca. Ni de los niños. Nunca les había hecho caso. Nunca le había importado nada que no fuera su carrera. ¡Su carrera! ¡Vaya carrera! Conspirar día y noche para mantener su parcelita de poder, lamer el culo a destajo y controlar a una camarilla de cretinos. ¡A eso le llamaba Pepe carrera! Siempre maquinando. Con esos aires de superioridad, como si hiciera algo importante. Y todo por cuatro cochinas perras, que ése era el problema, que en el fondo no soportaba que ella ganara lo que ganaba. Que todo lo que tenían era gracias a ella, porque con el sueldo de él ... Ya podía publicar, ya. Y dar conferencias. Y cursos de verano. Si no hubiera sido por ella, de qué iban a vivir como vivían. De qué. Y eso Pepe no se lo perdonaba. Se lo había hecho pagar día tras día, ignorándola, ninguneándola. Y ella dejándose chulear como una imbécil, que se pudieron casar porque lo mantenía, que con lo que él ganaba de Ayudante en la Facultad... Y sacó la oposición gracias a que ella se hizo cargo de todo. Niños, casa, todo. Él estudiando tranquilamente, como un señor, y ella, sin atreverse a molestarle, trabajando como un animal. Y ahora salía con que Juan se había muerto. Con que no quería verlo nunca más... ¡Pobre hijo suyo! ¡lo que habría padecido! ¡lo que estaría pasando! Iba dado Pepe. Iba dado si pensaba que iba a abandonar a Juan. Por muy horrible que le pareciera, ella lo apoyaría en todo. Ella lo acompañaría en el calvario que le aguardaba. Porque no había que engañarse. Le aguardaba un calvario. Por mucho que las cosas hubieran cambiado. Pero allí estaba ella. Dispuesta a todo. Dispuesta a ayudarlo en todo. Dispuesta a pasar por todo. Por todo. Menos por perderlo. Menos por verlo marginado. O triste... o solo ... o ... Iba dado Pepe si pensaba que iba a abandonar a su hijo. Iba dado.

ÁNGEL DEL VALLE NIETO

Big Bang

¿Estuvimos, tú y yo, desde el principio?
¿Cuando tuvo lugar, soles y estrellas,
la común explosión de nuestras vidas?
¿Aquel vestido nuevo de organdi?
¿En la verbena alegre de un septiembre?
Hubo un blanco relámpago que guardo
como eterno diamante de un tesoro
en el cofre callado de mis sueños:
todo el calor, la luz y la energía
pendientes a la espera de nosotros,
tuvieron su momento de estallido
al mirarme, inefable, por encima
de tus ojos, sentada en sol de tarde.
Supuso, para mí, toda la luz
del verano; todo el silencio recto
del maíz; la energía contenida
de la roja amapola que se ofrece.
Y los campos y el suelo y hasta el aire,
y la tarde y el tiempo y el azul
cobraron, desde entonces, nueva vida.
Todo seguía allí, pero distinto,
nacido de un plural perteneciente

a nuestros arrumbados singulares;
un plural de nosotros y en nosotros,
nuestro eterno plural de cada día,
hondo río de pleno discurrir,
por tu orilla, la mía y nuestro cauce.
Las estrellas, la noche ya cuajada,
no movieron ni un ápice sus órbitas,
prendidas, todavía, por el brillo
que habías encendido para mí.
Un resplandor de lava incandescente,
de erupciones magmáticas constantes,
signos de actividad incombustible
en los años traídos desde allí
por la luz entregada de tu alma.
Y, así, después de tanto tiempo,
de tanto maíz verde
y ocultas amapolas,
de tanta estrella fija,
me sigue confortando cuando miro
a las rosas que cortas entre besos
para la luz de amor de tu mirada.

Madrigal

En tu cara, dos hoyos.
Ambos, simas de amor y de alegría;
mejor: grutas recónditas de besos
donde quedó sin vuelo el alma mía.
En tu cara, dos hoyos,
oferentes de luz y de poesía.
¡Cuántas veces, por ellos,
he sabido, mi amor, que te quería!

Torpeza

*«Y siempre amanecía
cuando tú me mirabas»*

Rafael Morales

A mí también me ocurre.
También cuando me miras
la noche se descorre.
¿Pero cómo expresarlo?
¿Cómo sembrar el poema
de las palabras justas
para decirle al viento
que amanece al mirarme?
(¿Lo ves: me mira el viento?)
¿Dónde, dónde el frescor
que viene de tu aljófár?
No tengo las palabras.
Las tiene Rafael...
O Garcilaso. O Pedro
Salinas. O el de Hita.
¡Si yo las encontrara
volando por mis versos...!

Suspenderé mis ojos de los tuyos
y quedaré en silencio,
la forma más exacta de mostrarte,
ardiendo y respirando,
la estrella de mi amor, sol de tu fuego.

El adiós

Desde el puerto callado de la tarde
veo marchar tu barco, luz y sol,
con doloroso rumbo incorregible.
Agito en mi nostalgia
el oscuro pañuelo de mis versos
que escoltarán tu ausencia
igual que una gaviota sin destino.

Prolongo la mirada
enlazada a tu imagen que se pierde.
Aún te veo.
Y aún te siento, sobre todo, aún.
Mas tengo miedo que en la nube última
te ocultes y te apagues.

En la impotencia de la tarde quedo.
No puedo, me resisto para decirte adiós.
Tampoco te retengo.
Pero me voy quedando,
abrumadoramente, solo.
Pero me voy quedando,
inexorablemente, ciego.

Si me llamaras, sí, si me llamaras()*
el aire saltaría nuevamente
y la luz rompería las nubes en pedazos.
Los pájaros en frío cobijados
cantarían de nuevo para mí
y esas flores que son sólo esperanza
crecerían en belleza sorprendente

ante el gris horizonte de mis ojos.
¿Vendría, así,
primavera a este invierno?
No; solamente si
tú me hubieras llamado,
salvando las distancias
de mares y de sábanas,
entrarías en la alcoba
de mi noche sin luna.

Si me llamas, sí, si me llamas
se rompería el silencio,
se llenaría de músicas mi oído
y todos los colores teñirían
la paleta apagada de mis versos.
Hasta mi corazón -su ritmo y sus latidos-
llegaría tu voz y su armonía.
Si me llamas, sí, si me llamas.

(*) Pedro Salinas, *La voz a ti debida*

GINÉS SERRALLO

RAPSODA

Rapto **Impulso de arrebatarse**

Sentimiento de admiración Unión Privación del sentido

¿Quién rapta a quién?

El verso a la palabra **la palabra al verso**

La mirada el ojo el agua la lluvia

Tú misteriosa **encerrada en el agua** cami-

[nas por tus pasos

fluyes por mis venas **sueño de la sangre** más misterio

Penetras la esencia de mis muros

te conjugas en **su disposición quebrada**

cambias la esencia de mi YO

Arrebatas el silencio la oscuridad resbalas

[por entre mis preguntas

Oda Ola Rapsoda Rap Ola Se unen **Se mezclan**

Al menos quedas tú

Puente sin arcos **sin empezar**

sin acabar

sólo tú

Sin princesas en la luna

PREMIOS LITERARIOS «LIBRERÍA HOJABLANCA»

1º PREMIO DE NARRATIVA

MARÍA MARTÍN FERNÁNDEZ

Una vida en tres minutos

Como todas las mañanas el reloj de la plaza dio las diez ¡¡Llego tarde al trabajo!! . Las prisas me impiden disfrutar del sol de julio que asoma orgullosamente detrás de una pequeña nube. En una mano sostengo débilmente libros y papeles arrugados, mientras con la otra intento ponerme las lentillas; para conseguirlo justo a tiempo de ver marcharse el autobús «¡¡estupendo!!» -pienso enfadada conmigo misma por ser tan perezosa- otro día que no me queda más remedio que ir andando a la oficina pues las escasas monedas que llevo en el bolsillo del pantalón no me llegan para coger un taxi. No más escarmentada que la última vez que me encontré en la misma situación, apunto en el PDA coger algún dinero suelto de repuesto para situaciones de emergencia, dinero que como siempre acabaré gastando en un refresco después del trabajo, un billete de lotería, una chocolatina o un paquete de tabaco.

Inmersa en mis pensamientos, casi no me doy cuenta de que

el semáforo está en rojo y un tipo con cara de pocos amigos me pita efusivamente desde su porche rojo con aire acondicionado. Miro ansiosamente el reloj, las 10.08.

Mientras espero impaciente a que el semáforo cambie de color para poder seguir mi camino, mi mirada se pasea por cientos de ojos hasta detenerse en unos preciosos ojos verdes; tardo unos segundos en darme cuenta de que pertenecen a un atractivo chico de mejillas sonrosadas y cara de ángel. Él también me mira, puedo notar el fuego de sus miradas en mis pupilas, sus ojos me desean, el deseo es mutuo. Miro de nuevo el reloj, las 10.09. El tiempo se detiene. Él se acerca tímidamente hacia mí, su mano roza torpemente mi hombro mientras su boca gesticula hasta encontrar las palabras adecuadas:

«me llamo Fran» -dice con una voz provocativa y misteriosa al mismo tiempo, casi resulta infantil- «te amo y quiero empezar una nueva vida contigo, casémonos»

Mi gran asombro sólo me permite pronunciar dos palabras; lo normal y lo que todos esperáis sería algo así como: «lárgate loco» o «déjame en paz» sería una sencilla respuesta; también sería aceptable aunque menos ingenioso decir mi nombre «Sara Estuar, así me llamo»; sin embargo las dos palabras que salieron de mi boca fueron las siguientes: «SÍ QUIERO» Tras las presentaciones formales y demás, olvidamos el semáforo, el trabajo y el mundo a nuestro alrededor; me agarró por la cintura y en una nube de amor fuimos a su apartamento, un pequeño piso en la zona centro de la ciudad que decía mucho de su personalidad: las fotos familiares distribuidas por todas las habitaciones revelaban una feliz infancia rodeada de amor y cariño; la cocina estaba desordenada, sobre la lumbre aún quedaban restos del desayuno y cacharros sin fregar, no tenía microondas. Por todo ello podría averiguar que era un hombre lo suficiente independiente para

no ser inútil y sin embargo no tanto para no necesitar una mujer a su lado; su dormitorio era todo un santuario, en todo él se respiraba un aroma a canela y vainilla, la luz era tenue y se oía a Sinatra de fondo cantar «*something stupid*», sin duda la habitación estaba preparada para acoger presencia femenina en cualquier momento; esto debería haberme molestado pero por el contrario me halagaba, sabía que yo no era una más; las mujeres le deseaban y era mío, eso me gustaba; la pequeña chimenea del cuarto de estar me daba tranquilidad, me quedé allí parada, con la mirada perdida ante la chimenea vacía.

Como cada año al llegar el invierno Fran estaba intentando encender la chimenea mientras los niños corrían y jugaban a nuestro alrededor. Una vez más besé a mi marido en la mejilla cariñosamente cuando orgulloso consiguió prender la primera chispa. En aquel fuego encendido vi reflejada nuestra boda, el parto de una preciosa niña, un perro llamado Bobby y el cuarto cumpleaños de los gemelos; vi reflejado mi hogar. Sin embargo no tenía recuerdos de esa vida ni sentimientos hacia aquella extraña familia.

10.10. Alguien me rozó el hombro torpemente; era el chico de los ojos verdes que me avisaba de que el semáforo ya se había puesto en verde. Miles de personas pasaban a nuestro alrededor mientras los dos permanecimos allí parados sólo por un momento sin distinguir entre realidad y ficción, lamentando aquella vida que podía haber sido y aquella familia que sin duda habría llegado a querer. Di las gracias al chico de los ojos bonitos y proseguí mi camino.

1° PREMIO DE POESÍA

JULIO SÁNCHEZ ORTIZ

Cartas naufragas

Vete, la puerta está abierta

Tú y tu desnudo sueño(**Gerardo Diego**)

El canario es libre de morir en la jaula abierta.
Balconada ciega.

Caminé, con la mirada incierta de los vivos.
Noche desestrellada.

Las farolas se besan sucias de carmín y polvo.
Mujer desnuda.

El teléfono tamborilea la misma canción torpe.
Incienso laxo.

De madrugada, una navaja se afeita su hoja.
Ratas ebrias.

Sueños travestidos hacen la eterna calle mórbida.
Pescador veleta.

El canario es libre de morir en la jaula abierta.
Sonámbula puerta.

La mar

El ritmo de los mares
inunda mis oídos(**José María Hinojosa**)

La mar,
que no habla con la policía,
leal al prófugo de la vida.

La mar
aburrída de su inmensidad
golpea tobillos magullados
por las dentelladas de la razón.

Tuve un deseo,
morir en una esquina del océano
sumergido en un lecho de olas
sin más lápida que un baño perpetuo de sal
y un ataúd de plañideras caracolas.

La mar,
que no habla con la policía,
esconde los cadáveres en su regazo
como una madre, llena de espanto.

Tuve un deseo,
abandonar la patera de los sueños
a la deriva, junto a los arrecifes
que cocinan sangre con jirones
de huesos, amor y carne.

La mar,
novela siempre inacabada,

prefiere jugar con las mariposas
que huyen, trémulas, del asfalto.

Tuve un deseo,
derribar la tapia de este país,
pétreo convento peninsular,
sepulturero de héroes, ladrón de corazones buenos,
criador de asnos, usurero de la historia.

La mar,
los guardias se ausentan del castillo de arena,
marea que anega el foso de la esperanza,
quedo, anónimo, desnudo, en tierra.

Tuve un deseo,
que la vida no fuera único consuelo
y la muerte insufrible duelo,
escapar de este siniestro corredor
con la mochila cargada de huellas.

La mar,
siempre da la espalda a los hombres
que navegan a favor del viento
sin mirar las esquelas que dejan atrás.

Tuve un deseo,
no morir para suicidarme de aburrimiento,
dejar las cosas como están, rotas,
malheridas por la avaricia de los codiciosos,
pedir paz para los muertos, guerra para los vivos.

La mar,
beso estéril que me arrebató la ola
de los recuerdos, beso que no regresará nunca
a las tranquilas aguas del puerto.

La duda de los versos

El poema es una soledad(**Pedro Salinas**)

Temo al poema inacabado,
a la palabra fugitiva, al adjetivo esquivo,
temo a la sensación de cortejar a la luna
con los bolsillos descosidos de metáforas.

Abro en canal la alforja de piedras preciosas,
caen guijas abrasadas por la duda;
¿seré poeta? ¿latirán versos este corazón?
Incrédulo, escribo letras y más letras
unidas por el deseo de esculpir ideas
en el légamo de este alma labrada
entre inquietas tormentas doradas.

Busco sendas, caminos, cruces,
letreros que señalen el itinerario
hacia el recóndito piélago de la voz,
de esa voz incandescente que ilumina cada sombra,
faro que puntea guitarras en noches de tinieblas.

Quiero esa voz para enmudecer a la otra voz,
la voz metálica, encorsetada, cautelosa,
rea y carcelera, verduga y víctima,
la voz que entienden las personas para transitar
sin molestar y sin ser molestados a cada tropiezo,
a cada abrazo, a cada beso.

El tiempo se agota como una charca durante el estío,
donde el hombre sólo puede remojar sus pies torcidos

hasta que el calor agriete el sudor frío de su frente...
por eso busco la mar, la mar del poeta,
de insondables profundidades, abismos inescrutables,
para ahogarme en su seno y reventar de sueños,
imágenes, colores y voces;
decirle al universo: ¡SOY POETA!,
y al clamar este grito que tanto me asusta
sea capaz de cerrar los ojos
para comprender a un mundo
que nunca permitirá acabar mi poema.

Instante toledano

El hombre es una nube de la
que el sueño es viento(**Luis Cernuda**)

Hallé la palabra buscada
impresa en la silueta del alcázar.
Sentado en el poyete de la historia,
el rumor del Tajo, las hojas muertas,
el cielo gris en una tarde incierta.

No echaré a llorar Toledo,
que del silencio de sus piedras sólo
he recogido el eco de pasos turbios,
pero quede claro con estos versos
que abrazado un día al valle
recuperé alforjas henchidas de orgullo.

Fuera por el azar travieso, el destino
que no creo,
una brisa de alas blancas
arrebato un instante bienaventurado
que limpió la fuente de mi cantar ebrio.

Dejaré Toledo,
maqueta de dioses
en una vieja colina,
agradecido por ese segundo
en un atardecer quejumbroso,
tan fugaz, breve, inmenso, sublime,
que me hizo dios en un momento
para atrapar en mi mano
el latido de todas mis penas.

Hay en Toledo un rincón para mis palabras,
no más.
Fue novia, esposa, amante en un instante,
para qué más.

Cuando escriba el testamento,
prometo,
dejaré una coma toledana
en el renglón inquieto
que ocupe toda mi vida.

Palomas peregrinas

No llegarás jamás
a tu destino(**Rubén Darío**)

Hay una paloma en el bar
dicen
levanto la vista de un mundo
segado por la tinta
y sonrío.

Hay una paloma en el bar

y me quedo preso de la calle
de sus sombras
de sus pasos.

Madrid palpita
con el corazón de una paloma
yo soy sus alas
y sueño.

Hoy he sonreído a una muchacha

Amanecemos piedras(**Octavio Paz**)

Hoy he sonreído a una muchacha
entre vidriosas almohadas de un hostal.

Propina que ella rehusó con un mohín de enojo
en ese rostro de lolita ajada por el uso diario.

¡Págame con dinero y déjate de sonrisas vanas,
págame, que he de encontrar otra alma
necesitada de alquilar un fruto lozano
para paladear jugos derrotados!

Putilla que se va altanera, llena de juventud,
tan engañada como sus gemidos de placer.

Abandona a este viejo sediento de vida
con sus cortas carnes descarnadas
y el esqueleto que se le escapa
por el desagüe del espejo que refleja,
en la habitación desolada, los tesoros
de una mañana mugrienta, como tantas otras.

Hoy he sonreído a una muchacha,
con la palma de mi mano he acariciado
su mejilla rebosante de existencia.

Sobrino carnal abandona el comedor
de la casa familiar, sin espejo, sin desagüe,
queda el rastro de su verdor en cada
rincón de la sala que huele a pastas y a café.

Ella responde a mi propina con un mohín cómplice,
ya tiene para tabaco, copa y suelto en el monedero.

¿Dónde estarás lolita altanera, con tus senos
de albaricoques, duros y amargos a la vez?

¿Se acordará de mí, del pecho torvo que empujaba
con fiereza el aliento enfermo de un pene
desorientado entre tantos pétalos arrendados?

Hoy he sonreído a una muchacha
mientras sorteaba adoquines magullados
por suelas hechas de alas de mariposa y asfalto.

Sus ojos verdosos se cruzaron con
la mirada gris que sustenta mi día anterior.
Fugaz encuentro en una esquina distante.

Ella, con pantalón ajustado y el escote incipiente
abierto por el pudor puritano del verano.

Siguió el camino elegido sin el titubeo de los viejos,
dejó atrás a los naufragos de un barco desvencijado
con sus hombros frágiles y ese culo que desconoce
la gravedad que ahoga, con tenacidad sisifa, a los adultos.

¿Dónde estarás lolita altiva con tu boca de muñeca,
refugio de marineros sin puerto ni bandera?

Te tuve por unos minutos, abrí tus puertas
con la llave de mi espuria billetera,
hurgué todas tus cerraduras con dedos
entumecidos por vaselina de marca barata.

Cabalgué sobre tu montura de porcelana
desnudo de normas y prendas morales,
azoté tu sexo con la brutalidad de mi dinero,
grité y te hice gritar por pura lascivia desatada,
eras mía entre tantos abrazos malnacidos,
quedé exhausto tras dejar mi rastro
en los surcos de tu rostro maquillado.

Pero no conseguí arrancarte una sonrisa
en esos breves segundos de confuso abandono,
entre sábanas ajenas y sudores enfermizos,
antes de marcharte por el desagüe
de un espejo cegado por la luz mugrienta
de otra mañana sedienta de vida.

Hoy he sonreído a una muchacha...

Nunca me fue tan inalcanzable un sueño tan barato.

El alma se va...

 Mi alma no puede con tanto
 cargamento sin destino(**Rafael Alberti**)

El alma se va...
rezumando gloria

entre leves chasquidos
de infernales cadenas.

Y un dolor agudo, hiriente,
un dolor que no es dolor,
sino la desesperanza misma,
invade el cuerpo postrado
en un lecho de nubes opacas.

Siento que el cielo es tierra,
la tierra, cielo,
y la mar, esa novia ultrajada,
que implora anillos de caracolas.

La noche espumosa llegará
con su silencio mágico,
con su luna harapienta,
con su marejada de estrellas,
con mi dolor prematuro
por amaneceres trágicos.

¡Oídme, almas extranjeras,
mi alma se va...

... se va!

Quejidos desmembrados

Tu risa me hace libre(**Miguel Hernández**)

Se queja un hombre.
Cómo se queja,
que a la muerte desvela
de su impúdica torpeza.

Es la hora. Tic, tac.

Vigías adormilados.
Podredumbre,
sopor en las pupilas,
jirones en el corazón.

Se queja un hombre,
nada vale,
ni el amor, ni la amistad, ni la bondad.
Las estrellas repudian a la húmeda tierra.

Desnudo. Virilidad diminuta.
Las doncellas, rien. Las putas, callan.
La humanidad defeca en el pozo negro
de las letrinas regias.

Se queja un hombre.
Pide silencio.
Tantos lamentos ha de soportar el viento
que de desesperanza se agría.

Nadie tiene derecho a perturbar
el marasmo gélido de un cuerpo terrestre,
que a la vida, teme; a la muerte, ahuyenta.

Miro al horizonte. ¿Quién clama al ocaso?
Es él.
Un hombre al que nadie hace caso.

aburre al difunto en la sepultura.
Despojo sin encanto.

MANICOMIO SEMÁNTICO

Hontanar de estertores,
donde féretros calman su sed
entre bulliciosos gusanos.
Palabrasucias.

SOLTAD A LOS MUERTOS

claman los esclavos de la vida.
Serán los sabios de una nueva era.

Pags**ÍNDICE**

7	Francisco Gómez Porro
11	María Antonia Ricas
17	Virginia Lobos
21	Miguel Ángel Curiel
23	María Muñoz
25	Joaquín Copeiro
33	Paco Morata
36	Damián Fente
59	Antonio J. L. Contreras Lerir
63	Juan Carpa
65	Zaida Sánchez González
66/73	Jesús Pino
67	Juan Carlos Pantoja
80	Lola López Díaz
83	Ángel del Valle Nieto
88	Ginés Serrallo
89	PREMIOS LITERARIOS: LIBRERÍA «HOJABLANCA»



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

